1918

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

EL CASTELLANO DEL DUERO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ACUSTIN FERNANDO DE LA SERNA

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1893

3

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1892.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TITULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
4	4	A la que salta.....	1	Fidel Melgares.....	Todo
»	»	Cinco minutos de angustia.....	1	J. Mota y González..	»
»	»	Consecuencias de un capricho.....	1	Casimiro Servat.....	»
»	»	Del sepulcro al hospital.	1	N. Orozco.....	»
»	»	Dos chispas.....	1	Primitivo Cevadera y C. Servat.....	»
»	»	El estanco de Juanita....	1	Tomás Luceño.....	»
»	»	El modelo.....	1	José de Ansorena....	»
2	2	El pan nuestro.....	1	Regino Chaves.....	Mitad.
»	1	El primer desengaño (monólogo).....	1	N. Díaz Escovar.....	Todo
»	»	El rey de los animales..	1	F. Flores García....	»
»	»	El salva-vídas.....	1	J. Pérez Zúñiga.....	»
»	»	Entre doctores.....	1	Joaquín Abati.....	»
2	3	Futuro imperfecto.....	1	Calixto Navarro.....	»
»	»	Guardar el equilibrio...	1	Gascón y Serrano....	»
»	»	La guía de Sevilla (Revista).....	1	Olmedo, Feria y Cabrera.....	»
»	»	La viuda de Rodríguez..	1	Leoncio González....	»
»	»	Las recomendaciones...	1	Tomás Luceño.....	»
»	»	Lo que hace el dinero..	1	Casimiro Servat.....	»
»	»	Los cotorrones.....	1	H. Criado y Baca....	Mitad
»	»	Lucha de la conciencia (monólogó).....	1	Casimiro Servat....	»
1	4	Micos y monos ó el estreno de la Plaza.....	1	Vicente E. Miguel...	»
»	»	Ni en Leganés.....	1	Casimiro Servat.....	Todo.
1	2	Pepe Santiago.....	1	Aristides Gómez....	Mitad.
»	»	Pequeñeces.....	1	Carlos Mavillard.....	»
»	»	Sobre la tumba de una madre.....	1	David del Pino.....	Todo
»	»	Un cero á la izquierda..	1	H. Criado.....	»
»	»	Un duelo en la ventana..	1	Agustín Navas.....	»
»	»	El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón....	2	Ricardo de la Vega..	»
»	»	Las oscuras golondrinas.	2	F. Pérez y González.	»
10	4	Los calaveras.....	2	E. Sánchez Pastor...	»
»	»	El día memorable.....	3	Féliz G. Llana.....	»
3	3	El grito del alma.....	3	Vicente E. Miquel...	»
»	»	El mártir de agena culpa	3	Juan Maillo.....	»
6	2	El martir del pueblo...	3	Vicente E. Miquel...	»
»	»	El obstáculo.....	3	E. Mario (hijo).....	»
»	»	El primero de Mayo....	3	E. Martín Contreras.	»

EL CASTELLANO DEL DUERO

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

Don Rodrigo, drama en tres actos original y en verso.

El Bufón de Felipe IV, drama en tres actos original y en verso.

Honor sin honra, drama en tres actos original y en verso.

EL CASTELLANO DEL DUERO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL, la noche del 16 de Marzo de 1893.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
ELVIRA	Sra.	Contreras.
LAURA	»	Tobar.
EL MARQUÉS DE CASTRO	Sr.	Vico.
DON SANCHO DE MENDOZA	»	Perrín (D. A.)
RAMIRO	»	Cirera.
EL CONDE DE OZORES	»	Fornoza.
NUÑO	«	Sánchez.
GERMÁN	»	Vallarino.
BERMUDO	»	Moreno.
MANRIQUE	»	Avilés.

Soldados.

La escena en el reinado de D. Juan I.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Salón en el castillo del Marqués de Castro; puerta al fondo; dos á la izquierda, una oculta á la derecha y una ventana en el mismo lado. Una panoplia á la derecha de la puerta del foro, y muebles y sillones de la época adornan la escena.

ESCENA PRIMERA

GERMÁN y LAURA

GERM. ¿Tendremos, pues, casamiento?
LAURA. No sé nada.
GERM. Bueno está.
¿Tú, más que doncella, amiga
de la señora, ignorar
lo que sabe todo el mundo!
Y por mi fe que el galán
es apuesto y poderoso.
¡Pero cuántas vueltas da
el mundo! ¿Quién nos diría
que aquel contínuo luchar
iba á concluir por boda!
¿Y aquel bravo capitán?
En liza no hay quien lo venza,
pero en amores... está

675511

bien vencido.

LAURA. ¿Tú, qué sabes?

GERM. Yo sé que tú sabes más
y lo callas.

LAURA. Te equivocas.

GERM. A mí, Laura, me es igual
que quiera al uno ó al otro;
pero, pues se ha de casar
muy pronto, según se dice...

LAURA. ¡Charlan tantos por charlar!

GERM. Es fácil; mas lo que anhelo
es que tú prescindas ya
de los injustos rigores;
y pues no ha sido jamás
una mujer tan amada
como tú...

LAURA. ¡Déjame en paz!

GERM. ¿Por qué siempre tan esquiva?
Laura, celébrense al par
las dos bodas.

LAURA. ¿Estás loco!
¿Yo ser tu esposa, Germán!

GERM. ¿Y por qué no, si te adoro
y por tu amor soy capáz
de todo? Somete á prueba
esta pasión, y verás
hasta dónde raya. ¿Tienes
otro amor?

LAURA. ¿Y quién te da
derecho de preguntarme?

GERM. ¡Siempre la misma crueldad!

ESCENA II

DICHOS; EL MARQUÉS, por la segunda puerta de la izquierda.

MARQ. ¿Y doña Elvira?

LAURA. Rezando
en el oratorio está.

MARQ. Cuando concluya sus preces
dile que le quiero hablar.

LAURA. Bien, señor. (Vase.)
MARQ. ¿Y qué noticias
hay de la corte?
GERM. Don Juan
salió anteayer de Berlanga.
MARQ. Por si me quisiera honrar
visitando este castillo,
dispón las cosas, Germán:
que ocupen su puesto todos.
GERM. Señor Marqués, descuidad.
Si viene don Juan primero
á Castro, no encontrará
nada que no le complazca,
pues la guarnición es tal,
que al Castellano del Duero
ni el rey le puede igualar.
Si convenceros queréis
por vos mismo, visitad
las murallas, el recinto,
las guardias y...
MARQ. Bien está:
que ensillen el potro tordo
y tú monta el alazán;
haremos como deseas.
Ve con Dios.
GERM. Con Él quedad. (Vase.)

ESCENA III

EL MARQUÉS

¿Pasará por Castro el rey?
Tal vez no, porque sabrá
que en Castro no encuentra aplausos
ese inmoderado afán
de dar leyes que rebajan
á la nobleza feudal;
pero es fuerza que le vea,
pues le tengo que anunciar
el enlace... mas. ¿Si Elvira
se negara...? No lo hará.

¿Y esos menguados amores?
¡Qué me pueden importar!
La unión á Ozores y Castros
interesan por igual,
y la quiero, porque quiero,
ya que la fatalidad
me negó un hijo, que quede
mi casa á mi muerte en paz.

ESCENA IV

EL MARQUÉS; BERMUDO, por el foro.

BERM. Tenéis el potro ensillado.
MARQ. ¿Qué es lo que pasa por tí
que nunca te he visto así!
BERM. He soñado.
MARQ. ¿Que has soñado!
BERM. Sí señor.
MARQ. ¿Eso te apena
y te hace fruncir el ceño!
BERM. Es que siempre que yo sueño
no sucede cosa buena.
MARQ. ¿Y qué llegaste á soñar
que tanto te ha conmovido?
BERM. Que el enlace convenido
pudiera haceros llorar.
MARQ. ¿A mí, Bermudo!
BERM. Ya sé
que no descendéis á tanto;
pero me refiero al llanto
que ni corre ni se ve.
¡Llanto que en el alma anida,
que nunca sube á los ojos,
pero que llena de abrojos
el camino de la vida!
MARQ. ¡Por Dios, qué pesado estás!
BERM. ¡Las penas, los desengaños,
los recuerdos y los años
me agobian cada vez más!
MARQ. ¿Y qué temes?

BERM. Que la union
en mal hora proyectada,
no se verá realizada.
MARQ. ¿Por qué?
BERM. ¡Sabéis la razón!
MARQ. Elvira obedecerá.
BERM. ¡Es lo que á todos conviene;
mas sangre de Castros tiene
y sabe Dios lo que hará!
Hoy han llegado hasta mí
algunas noticias que...
MARQ. Ya basta.
(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)
BERM. Me callaré,
puesto que os complazco así.

ESCENA V

BERMUDO y LAURA; después MANRIQUE

BERM. No soy yo solo el que teme;
vos, señor, teméis también...
LAURA. ¡Hola, Bermudo!
BERM. Adiós, Laura.
LAURA ¿Dónde está el señor Marqués?
BERM. Partió á visitar las guardias.
LAURA. ¿Las guardias!
BERM. Pudiera ser
que viniera Juan primero...
LAURA. ¡El Rey á Castro!...
BERM. ¿Por qué
te sorprendes?
LAURA. ¡Yo!... por nada.
BERM. Vamos, temes que á la vez
venga... algún otro.
LAURA. ¡Yo!
BERM. ¡Laura,
haces mal en proteger
amores que al fin y al cabo
no pueden parar en bien!
LAURA. Yo no protejo, Bermudo.
¿Quién soy yo, pobre mujer?...

BERM. Es cierto, pero tú...
LAURA. Sirvo
á mi señora.
BERM. Lo sé,
y no te culpo por eso:
si tú la quieres, también
la quiero yo.
LAURA. No lo dudo.
MANR. (Desde el foro.)
Bermudo, el señor Marqués
que vayáis á acompañarle. (Vase.)
BERM. Queda con Dios. (Vase.)
LAURA. Id con Él.

ESCENA VI

LAURA y NUÑO

LAURA. ¿Vendrá don Sancho? De fijo.
Es necesario que esté
mi señora prevenida
(Se dirige á la primera puerta de la izquierda.)
NUÑO. (Por el foro.)
¡Laura!
LAURA. Ese acento... ¿quién es?
¡Nuño!
NUÑO. ¿Por qué te sorprendes?
LAURA. ¡Tú y en tal traje!
NUÑO. ¡Pardiéz,
hoy vengo con mercancía
y visto de mercader!
Gracias al traje, he podido
llegar á aquí. ¡Si el Marqués,
por cuyo lado he pasado,
me conoce!... Por mi fe,
te aseguro que temblaba;
mas, ¡qué demonio! el deber
lo exige... Mientras recorre
el recinto, cumpliré
con mi misión, pues no quiero
trabar amistad con él,
que tiene poco de amable.

LAURA. ¿A qué vienes?
NUÑO. A traer
una carta á doña Elvira.
Corre á decirle...
LAURA. No sé
si deba...
NUÑO. ¿Qué tienes, Laura?
LAURA. No me atrevo.
NUÑO. ¡Por Luzbel!
¡Te desconozco!
LAURA. ¡En mal día
vienes á Castro!
NUÑO. ¿Por qué?
LAURA. No puedo decirlo, pero...
NUÑO. ¡Bah, recelos de mujer!
Los mensajeros de amores
llegan siempre á tiempo y bien.
LAURA. ¡Ay, de amores desgraciados
como estos van á ser!...
NUÑO. ¡Qué demonio! No hay motivo
para esperar.
LAURA. Ya lo sé.
NUÑO. Reconozco que en Castilla
la casa de Castro es
la primera; mas, ¿qué importa?
No se trata aquí de hacer
un bodorrio; mi don Sancho
es muy hidalgo también...
LAURA. Pero mi señor es hombre
duro y altivo y cruel,
y cuando manda una cosa
es preciso obedecer.
NUÑO. Ya verás cómo desiste.
LAURA. Temo que no lo veré,
y en tal caso doña Elvira
muy desgraciada va á ser
puesto que adora en don Sancho...
NUÑO. No la quiere menos él.
Así, no hay por qué apurarse.
Vaya, voy á suponer
que el Marqués se niega á todo.
En queriéndole ella bien,

no se aflige mi don Sancho.
Si se tiene un hombre fiel,
buen caballo, buena espada,
mucho amor y mucha fe,
no es un viejo el que detiene
la carrera de un doncel.
Mi don Sancho tiene al hombre,
(Dándose un golpe en el pecho.)
tiene un potro cordobés
que se deja atrás al viento,
y una espada, ¡voto á cien!
¡Que le pregunten por ella
al moro y al portugués!
Que tu señor no desiste...
pues pasémonos sin él;
y una noche, de esas noches
que á dos pasos no se vé,
mi señor se acerca al muro
caballero en su corcel;
tu señora, por acaso,
junto al muro está también;
una puerta se entreabre
y aparece en el dintel
una sombra... mi don Sancho
se aproxima... para ver...
se contemplan, se conocen
y se escuchan á la vez
dos suspiros... dos palabras...
una, ¿vamos?... otra, ¡ven!...
Pasa un brazo por un talle
tembloroso de placer;
el overo tasca el freno
alegrándose también;
cabalgan los dos, se afirman,
corre las espuelas él,
suelta la brida, el caballo
sale á escape y luégo... Amén.
(Imitando la bendición.)

LAURA. ¡Una dama de su alcurnia!

NUÑO. De su alcurnia, bueno, ¿y qué?
El amor por todo salta
y... no temas; yo también

tengo un bayo que resiste
doble carga... á menos que
Germán...

LAURA. ¿Germán?... No le nombres.

NUÑO. Dicen que te quiere bien,
y dicen que le distingue
y que le estima el Marqués.

LAURA. ¡Qué me importa!

NUÑO. Vamos, Laura,
¿hay otro amor?

LAURA. ¡Chist!...

NUÑO. (Con temor.) ¿Quién es?

ESCENA VII

DICHOS; ELVIRA, por la primera puerta de la izquierda.

NUÑO. ¡Doña Elvira!

ELVIRA. ¡Tú aquí, Nuño!
¿Y don Sancho?

NUÑO. Le dejé
con la corte, mas presumo
que le vais muy pronto á ver.
Tomad. (Lo da una carta.)

ELVIRA. Dame.

NUÑO. (A Laura.) ¡Qué impaciencia!

LAURA. ¿Te sorprende?

NUÑO. ¿A mí, por qué?
¡Si la carta es de don Sancho
y la aguarda una mujer!

LAURA. ¡Mucho quieres á tu dueño!

NUÑO. ¡Si le quiero! ¡Ya se vé!
¡No hay mancebo más bizarro,
ni soldado de más prez
en la corte de Castilla!

ELVIRA. (Ap.) ¿Y qué hacer, señor, qué hacer?
¡Si mi padre!... ¡No es posible!
Nuño, espera y te daré
la respuesta.

NUÑO. Dios os guarde.
(A Laura.) ¿Tienes algo que comer?...

¡Estas marchas, Laura mía,
dan un hambre!...

LAURA. ¡Calla y ven!

(Vanse por el foro.)

ESCENA VIII

ELVIRA; EL MARQUÉS, por el foro.

ELVIRA. Que está en mis manos su suerte
y que de una vez decida,
porque mi amor es la vida
y mi desamor la muerte.
¡Qué hacer, gran Dios!
(Se dirige hacia la primera puerta de la izquierda y aparece el Marqués.)

MARQ. ¿Dónde vas?

ELVIRA. ¡Padre!

MARQ. ¿Por qué te sorprendes
de tal modo? ¿Es que me ofendes
con lo que pensando estás?

ELVIRA. ¡Señor!...

MARQ. ¡Negar es en vano:
levanta la frente y díme
qué pliego es ese que oprime
y quiere ocultar tu mano!

ELVIRA. ¡Padre mío! (Ocultando la carta.)

MARQ. ¡Pesia á mí,
que es al honor conveniente,
mayor lealtad en mi gente
y mayor recato en tí!

ELVIRA. ¡Ved lo que decís, señor!

MARQ. Altiva estás en mal hora.

ELVIRA. No envilece ni desdora
mi amor...

MARQ. ¡Miserable amor!
¡Un nombre ilustre heredé,
ilustre lo he conservado,
y no ha de verse empañado
el blasón que yo guardé!
¿Piensas que he de consentir

en semejante bajeza,
para dar á la nobleza
y á la plebe que reir?
En tí obedecer es ley;
tu enlace acordado está,
y hoy mismo conocerá
mi resolución el Rey.

ELVIRA. ¡Qué escucho!

MARQ. Te vas á unir
al noble conde de Ozores,
y antiguos hondos rencores
con ese enlace á extinguir.

ELVIRA. No me casaré jamás
si de Sancho no he de ser:
ni más os puedo ofrecer
ni podéis exigir más.

MARQ. ¡Insensata!

ELVIRA. Sobre mí
cáiga vuestro enojo fiero:
todo tranquila lo espero.

MARQ. ¡Desventurada de tí!...
Es fuerza que tu pasión
objeto más digno elija.

ELVIRA. Podéis mandar en la hija,
pero no en su corazón.

MARQ. ¡Silencio!

ELVIRA. Que el cielo os guarde.
(Vase por la izquierda.)

MARQ. ¡Lo veo y aún lo dudo!
¿Si tendrá razón Bermudo?
¿Si habremos llegado tarde?
(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

EL CONDE, RAMIRO y MANRIQUE por el foro.

MANR. Esperad.

CONDE. ¿Por qué te alejas,
Manrique?

MANR. Voy á anunciaros

á mi señor.

CONDE. ¿Conque Nuño?...

MANR. Perdonad.

(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA X

EL CONDE y RAMIRO

RAMIRO. ¡Qué solapado
es el mozo; no se fía
de su sombra y no lo extraño:
los traidores son!...

CONDE. Ramiro...
Sé más prudente; habla baje,
pues ahora, más que nunca,
ese hombre es necesario.

RAMIRO. ¿Y por qué? Por amoríos
que nunca pude explicármelos.
¿Todo ante el amor se olvida!

CONDE. ¡Todo, Ramiro!...

RAMIRO. ¡Hay agravios!...
¡Es imposible, imposible!
Señor, demos al diablo
ese amor; arda de nuevo
la guerra y quede vengado
el que murió sorprendido;
que á la luz y en campo raso
no puede á ningún Ozores
vencer ni matar un Castro.
¡Vos érais niño, muy niño,
y en aquel instante aciago,
estábais lejos, tan lejos,
que no consiguió alcanzaros
el odio de ese... ¡Qué noche
aquella, Dios soberano!
¡Contra la lluvia que azota
busca refugio y amparo
el flechero que en los muros
debe vigilar el campo;
vuestro padre está en el lecho

sus fatigas reposando,
cuando de pronto!...

CONDE. No sigas.

RAMIRO. ¿Os molesto al recordaros
aquella escena? (Con ironía.)

CONDE. (Con enojo.) ¡Ramiro!

RAMIRO. ¡Yo el escudero, el villano,
recuerdo aquello que el noble,
el hijo, tiene olvidado!
No lo extrañéis; he nacido
señor, en vuestros Estados.
Vuestro padre me tenía
no por siervo, por hermano.
Noble, sencillo, valiente,
fué el refugio y el amparo
de mi casa. Cuando en lucha
con los Marqueses de Castro
cayó mi buen padre herido,
él lo recogió en sus brazos,
él veló á su cabecera
y le prestó sus cuidados.
Murió mi padre y las últimas
palabras que aquellos labios
pronunciaron fueron estas:
«Ramiro, vive á su lado;
da por su vida tu vida:
hé aquí mi sólo mandato.
De rodillas, hijo mío,
y júrame, por Dios santo,
lealtad eterna al de Ozores
y odio implacable á los Castros!»
Lo juré, y aunque no sea
un juramento dé hidalgo,
le cumpliré, que al cumplirle
también quedará vengado
mi padre, muerto por ellos...
y hasta yo...

CONDE. (Que ha escuchado el relato, revelando en su rostro la impaciencia y el remordimiento.)
¡Calla, insensato!

RAMIRO. ¡Cómo callar, cuando veo!...

CONDE. No prosigas. Es en vano.

RAMIRO. ¡Está bien, señor. (Con amargo desdén.)
CONDE. No cejo...
Ramiro, porque la amo. .
pero aun cuando así no fuera
llevaré mi enlace á cabo;
pues si por él dí al olvido
los odios y los agravios,
hoy á mi honor interesa
no aparecer despreciado.
RAMIRO. Ved que quizas haya en todo
algún miserable lazo...
CONDE. ¡Sospechas tal vez!...
RAMIRO. Sospecho.
CONDE. ¡Si así fuera, por Dios santo,
que no bastara á saciarme
toda la sangre de Castro!
pero el Marqués llega, vete
y aguárdame.
RAMIRO. Bien; aguardo
junto al puente.
(Aparte.) Me imagino
que las luchas no han cesado.
CONDE. ¿Qué murmuras?
RAMIRO. ¿Quién, yo? Nada.
(Ap.) ¡Ay de tí, Marqués de Castro! (Vase.)

ESCENA XI

EL MARQUÉS y EL CONDE; después MANRIQUE y GERMAN

CONDE. ¡Señor Marqués!
MARQ. ¡Señor Conde!
CONDE Tal vez vengo á importunaros.
MARQ. No puede ser importuna
visita que me honra tanto.
CONDE. Al volver á mi castillo,
sin pensar, tomé el atajo;
halléme junto á estos muros
y el afán de saludaros
movióme á entrar.

MARQ. Señor Conde,
os lo ruego: sed más franco;
pues advierto en vuestro rostro,
aunque intentáis dominaros,
que á mi presencia os conduce
algo muy extraordinario.
¿Adiviné por ventura?
CONDE. Cierto; habéis adivinado.
MARQ. Hablad; estoy impaciente,
pues en realidad no alcanzo
qué pueda ser...
CONDE. En buen hora:
hablaré... Marqués...
MARQ. Sentáos
y comenzad.
CONDE A las luchas
que durante tres reinados
sostuvieron frente á frente
los Ozores y los Castros,
quisimos ponerles término,
los dos de lidiar cansados,
y como lazo que uniera
nuestras casas, acordamos
hacer condesa de Ozores
á la heredera de Castro.
Mi hija es libre, me dijísteis,
Marqués, y cuando un hidalgo
como vos afirma un hecho,
ultrájasele dudando.
¡Creí en vuestra palabra,
y vos me habeis engañado!
MARQ. ¡Conde! (Levantándose.)
CONDE. (Idem.) Marqués, vuestra hija
ama otro.
MARQ. No es exacto.
CONDE. ¿Queréis que os diga su nombre?
Pues bien; se llama don Sancho
Mendoza, y es capitán
de lanzas del Soberano.
¿Lo ignorábais, por ventura?
¿Entonces, á qué ocultarlo,
exponiendo el nombre mío

á la befa y al escarnio?

MARQ. En mi casa, señor Conde,
las hembras toman estado,
no conforme á su capricho,
sino conforme á su rango.
La unión de nuestras dos casas
es un hecho ya pactado,
y no ha de ser doña Elvira
quien ponga al enlace obstáculos.
Si no hablé de esos amores,
es porque no les he dado
la importancia que no tienen,
y yo juro...

CONDE. Más despacio:
no empeñéis un juramento
que puede volverse vano.
Doña Elvira ama á ese mozo,
y con ser tan grande, y tanto
vuestro poder, dudo mucho
que se cumpla lo tratado.
Preguntadle, y su respuesta
en mi castillo la aguardo.

MARQ. Mi autoridad, señor Conde,
nunca olvido ni rebajo.
Manrique, (Aparece Manrique.)
que á doña Elvira
le digan que yo la llamo.
(Vase Manrique por la primera puerta de la izquierda.)

CONDE. ¿Qué pretendéis?

MARQ. Convenceros
de que aquello que yo mando
se obedece.

CONDE. No me basta
que sólo por el mandato...

GERM. (Por el foro.)
Don Alonso de Carrillo,
con pliegos del Soberano,
está aquí, y hablaros quiere.

MARQ. ¡Por Cristo! Voy. Esperáos.
(Vanse el Marqués y Germán.)

ESCENA XII

EL CONDE; después ELVIRA, por la primera puerta de la izquierda.

CONDE. Si lo que afirman es cierto;
si ama Elvira á ese don Sancho;
si me rechaza...
(Aparece doña Elvira.)
¡Señora!
ELVIRA. ¡Vos! ¿Y mi padre?
CONDE. Ha llegado
un mensajero del Rey,
y en este momento hablando
estará con él.
ELVIRA. Entonces... (Va á retirarse.)
CONDE. Esperad: tengo que hablaros.
ELVIRA. ¡Señor Conde!...
CONDE. Seré breve;
os molesto corto espacio.
Ya sabéis que á vuestro padre
he pedido vuestra mano,
y que el Marqués...
ELVIRA. He sabido
que por un concierto extraño,
al cual permanezco agena,
está mi enlace tratado;
he sabido, con asombro,
que en doña Elvira de Castro
ni á la mujer se respeta,
ni á la dama su rango.
CONDE. ¿Qué decís!
ELVIRA. Que Dios os guarde...
CONDE. Pero...
ELVIRA. Todo será en vano.
CONDE. Esperad. (Con mal disimulado enojo.)
ELVIRA. ¿Amenazáis?
CONDE. Suplico, que no amenazo.
ELVIRA. Hablad.

CONDE. Há tiempo, señora,
que con toda el alma os amo.
Por vos he dado al olvido
los odios y los agravios.
¡Mis castillos y mis tierras,
mis villas y mis vasallos,
conservan de vuestras gentes
recuerdos bastante amargos!
No hay linde de mis dominios,
ni sendero de mis campos,
que en sangrientas algaradas
no hollaran vuestros caballos;
mi padre murió en la lucha,
de vuestro padre á las manos,
dejándome por herencia
su odio implacable á los Castros!...
Al principio como bueno
supe luchar sin descanso
conquistándome la fama
de feróz y sanguinario.
Una tarde, ¡tarde triste!
os ví, señora, en palacio
y olvidé mi padre muerto,
y mis dominios talados,
y mis torres derruídas,
que en vos tan sólo pensando,
dejé de ser enemigo
para trocarme en esclavo...
En fin, el Conde de Ozores,
¡aquel que os odiaba tanto,
pidió la paz y con ella
pidió también vuestra mano!

ELVIRA. ¿Quién os otorgó permiso
para semejante paso?

CONDE. ¿Me rechazáis, doña Elvira!

ELVIRA. Vos lo habéis dicho: os rechazo.

CONDE. ¿Conque es verdad lo que cuentan?
¿Conque amáis á ese don Sancho...!

ELVIRA. Sí.

CONDE. Pues no deis al olvido
que soy quien soy y que os amo.
¡Ay, de todos si los celos

reviven á los agravios!

ELVIRA. Amenazar á una dama
es proceder de villanos,
pero pues sabéis quien soy,
sabréis que no me acobardo.
Vuestras tierras y castillos,
vuestros pueblos y vasallos,
conservan de nuestras gentes
recuerdos bastante amargos.

CONDE. ¿Queréis la lucha? ¡Bien: sea;
señora, con Dios quedaos! (Vase.)

ESCENA XIII

ELVIRA; LAURA, por el foro.

LAURA. ¡Señora!

ELVIRA. ¿Qué ocurre, Laura?

LAURA. Que el buen Nuño está esperando
una respuesta: la tarde
avanza en su curso rápido
y teme que esté impaciente
por su tardanza don Sancho.
Además, está intranquilo
y hay razones para estarlo;
porque si el Marqués le coge
se expone á verse colgado.
Ya sabéis que vuestro padre
no se para...

ELVIRA. Sella el labio.

LAURA. Muy bien: pero, ¿¡qué le digo?

ELVIRA. Que se vaya y yo me encargo
de que llegue mi respuesta
de su señor á las manos.

LAURA. Si me permitís...

ELVIRA. Acaba.

LAURA. Su señor os ama tanto,
que si Nuño no le lleva
la carta que está esperando
y si llega á sus noticias
lo que dicen los criados...

ELVIRA. ¿Qué dicen?
LAURA. Que vuestra boda
se llevará pronto á cabo
con Ozores.
ELVIRA. ¡Lenguaraces
se vuelven nuestros vasallos!
LAURA. ¿Qué le digo?
ELVIRA. Dí que espere.
LAURA. Bien.
ELVIRA. (Aparte.) ¡Qué hacer, Dios soberano!

ESCENA XIV

DICHOS; NUÑO, por el foro.

NUÑO. ¡Laura!... ¡señora!.. ¡perdón!...
ELVIRA. ¿Qué pasa?
LAURA. ¡Qué te sucedé!
NUÑO. ¡Si ante nada retrocede!
Me lo daba el corazón.
¡Como he tardado en volver!...
ELVIRA. ¿Qué?
NUÑO. Que don Sancho está aquí.
ELVIRA. ¡Imposible!
NUÑO. Pesia á mí,
bien pronto lo vais á ver.
ELVIRA. ¿Qué dices!
NUÑO. Que mi señor
logró entrar en el castillo
con don Alonso Carrillo
de unos pliegos portador.
Y nunca le ví en tal guisa:
iracunda la mirada,
torba la faz y alterada
é implacable la sonrisa.
ELVIRA. ¿Le ha visto mi padre?
NUÑO. No:
Carrillo pasó primero,
y el Marqués y el mensajero
conversan á solas.
ELVIRA. ¡Oh!

NUÑO. ¡El hombre que siente amores
y celos... procede así!
Habrá visto entrar aquí
al señor conde de Ozores.
ELVIRA. ¡Qué locura!
NUÑO. Ya, ¿qué hacer?
¡Después que la ha cometido!...
Un ángel á un diablo unido
nadie les puede vencer.
El diablo le abrió la entrada,
abridle esta puerta vos
y hablad, señora, los dos,
que la puerta está guardada.
ELVIRA. ¡Nuño!
NUÑO. ¡Perdón... si ofendí!
ELVIRA. Díle que parta y aguarde
mi respuesta.
NUÑO. ¡Ya es muy tarde!
ELVIRA ¡Cómo! ¿Qué?
NUÑO. ¡Miradle ahí!
(Aparece don Sancho.)
(Vanse Laura y Nuño por el foro.)

ESCENA XV

ELVIRA; DON SANCHO, por el foro.

ELVIRA. ¿Qué hacéis!
SANCHO. Buscaros, que el impulso ardiente
de la loca pasión que arde en mi seno,
ni encuentra trabas ni conoce freno
ni riesgo que le ataje ó amedrente.
ELVIRA. ¿Y osáis llegar aquí!
SANCHO. Si aquí encerrada
está la vida de la vida mía;
¿por qué os sorprende tanto la osadía
de un alma enamorada!
Franca la puerta hallé; mas, ¡por Dios juro!
que á no encontrarla ante mi paso abierta,
mis celos y mi amor hicieran puerta
del escarpado muro.
ELVIRA. ¡Partid, Sancho, partid; todo es en vano!

SANCHO. ¿Qué decís!
ELVIRA. Olvidad estos amores.
SANCHO. ¿Conque es cierto, señora, que al de Ozores
otorgáis vuestra mano?
¿Conque aquellos amantes juramentos
fueron dolo, ficción, mentira, nada?...
¡Promesas falsas de mujer menguada,
mudable como el curso de los vientos!
Y vos, aquella que me amaba tanto...
¿seréis de otro!
ELVIRA. ¡Jamás!
SANCHO. Partid conmigo.
ELVIRA. Me lo veda el deber: daráme abrigo,
triste retiro santo.
SANCHO. ¡Vos á un convento... vos... mi amante
[anhelo!
¡El ángel puro en quien el alma adora!
¿Vos á un claustro? ¡Señora,
no hagáis que tenga por rival al cielo!
ELVIRA. Callad, Sancho, callad; no de tal modo
habléis á una mujer desventurada,
que amando y siendo amada
tiene que renunciar por siempre á todo.
SANCHO. ¡Ah! ¿Conque vos me amáis?
ELVIRA. ¡A Dios plu-
[guiera
que no me amáseis vos!
SANCHO. Sellad el labio
que infiere á mi pasión terrible agravio.
Si no os amase á vos, ¿de mí que fuera!
Sin conocer á la que dióme vida;
por el cielo y la tierra abandonado,
como un ave nocturna me he criado
en medio de una torre derruída.
¡Huérfano, pobre y en humildes lares,
sumido en la estrechéz y el aislamiento;
sin más arrullo que el rugir del viento
al azotar los muros seculares!
¡Ah, no podéis saber á dónde alcanza
lo triste de una infancia cual la mía!
¡Aquel niño infelíz, no conocía,
ni el amor, ni la fe ni la esperanza!

¡Vivir, crecer sin que la voz de un padre
nos guíe, nos enseñe y nos aliente,
sin poder encontrar sobre la frente
la huella de los besos de una madre!
¡Oh, cómo agobia entonces la existencia!
Al verme mozo ya, con mano airada
de mi padre ceñí la limpia espada,
que fué mi sola herencia,
y al mundo me lancé de rabia henchido:
quise luchar para morir matando.
¡No os asombréis de que empezase odiando
el que creció por el dolor nutrido!
Luché, vencí y á poco
conquisté fácilmente
renombre de esforzado y de valiente,
siendo no más un miserable loco!
La guerra me embriagaba, me aturdía:
cuando, á los ecos del clarín guerrero,
desenvainaba mi tajante acero,
¡con cuánto orgullo el corazón latía!
¡Pero no era felíz; á pesar mío
no encontraba jamás ni bien ni calma,
que al convertir los ojos hacia el alma
notaba en ella aterrador vacío!
Os ví, todo cesó: del hombre fiera
quedó tan sólo el que rendido adora.
Decidme, pues, señora.
Si no os amase á vos ¿de mí qué fuera!

ELVIRA. ¿Conque tanto me amáis? ¡Ah, Sancho mío!
¡qué supremo placer siento al oiros!
¡Cómo no he de rendiros
el alma, el corazón... el albedrío!
A los piés de mi padre arrodillada
rogaré una vez más.

SANCHO. Inútilmente.

ELVIRA. ¡Pues si fuera á mi súplica inclemente,
os juro!...

ESCENA XVI

DICHOS; EL MARQUÉS, por la segunda puerta de la izquierda

MARQ. (Que ha oído los últimos versos.)
¡Sella el labio, desdichada!
SANCHO. ¡Cielos!
ELVIRA. ¡Padre!
MARQ. (A don Sancho.) ¡Vive Dios,
qué hazaña habéis realizado!
¡En mi casa habéis entrado
de un modo digno de vos!
SANCHO. ¡Marqués!
MARQ. A un lado razones
porque no las necesito:
ni las disculpas admito,
ni admito satisfacciones;
y pues de hidalgo vestís
tened ese traje en algo
y proceded como hidalgo
ELVIRA. ¡Padre!
SANCHO. Ved lo que decís.
MARQ. ¡Mal esos fieros están
con hazañas de rufianes:
honran poco capitanes
como vos al rey don Juan!
SANCHO. ¡Oh! (Llevando la mano á la espada.)
ELVIRA. ¡Sancho!
MARQ. ¡Aparta, menguada.
SANCHO. ¡Por Cristo, sellad el labio;
que no me obligue el agravio
á pensar que ciño espada!
Si aquí penetré...
MARQ. ¡Callad
y salid, pues nada escucho!
SANCHO. ¡Ved lo que decís!
MARQ. Ya es mucho:
¡mis ballesteros, llegad!
ELVIRA. ¿Qué hacéis?
MARQ. ¡Vive Cristo... calla!
(Aparecen los ballesteros.)
¡A ese que de hidalgo viste,

arrojad; si se resiste,
castigadle!

SANCHO. ¡Atrás, canalla!

MARQ. ¡Hola! ¿pensáis resistir?
¡Pues cuenta con lo que hacéis!

SANCHO. Marqués, ya que lo queréis,
veréis cómo sé salir.
¡Plaza!

MARQ. ¡Prendedle!

ELVIRA. ¡Apartad!

MARQ. ¡Doña Elvira!

ELVIRA. Ballesteros,
abatid esos aceros
y esa puerta despejad.

MARQ. ¿Osas revelarte así?

ELVIRA. No hago más que defender
al que mi esposo ha de ser.

SANCHO. ¡Dios mío!...

MARQ. ¡Tu esposo!

ELVIRA. Sí.
Hoy mi palabra le doy,
y le prometo mi mano:
¡sólo la muerte hará vano
mi juramento de hoy!

MARQ. ¡La muerte! pues bien...
(Se arroja sobre don Sancho con la espada desnuda.)

SANCHO. ¡Atrás!
(De un revés desarma al Marqués y se dirige á la puerta.)
¡Tenéis la diestra cansada,
y os pesa mucho la espada! (Vaso.)

MARQ. ¡Matadle!

ELVIRA. No.
(Los guardias salen tras él; Elvira se dirige también a la puerta, cuando el Marqués la rechaza bruscamente.)
¿Dónde vas?
(Elvira queda como anonadada en medio de la escena; el Marqués de pié en la puerta. Se oye el chocar de los aceros. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS y ELVIRA

MARQ. ¿Pretendes interponerte,
por acaso, entre los dos!
En mi castillo roquero
soy el único señor.
¡Aquí mi capricho es ley,
doña Elvira, y juro á Dios
que si alguno lo ha dudado
he de convencerle yo!
Aquí brillan las espadas
al mandato de mi voz,
y aquel que en desdoro mío
usar de la suya osó;
el menguado que, al impulso
de la más loca ambición.,
hasta mi preclara estirpe
la vista audáz levantó,
verá que cuesta la vida
tratar de subir al sol.

ELVIRA. No he de poner mis razones
frente á vuestra sinrazón

ni he de gastar en defensas,
que nadie me demandó
y que no las necesitan
mi fama ni mi pasión,
palabras que acaso fueran
acicates al rencor.
Además, quien se defiende
confiesa que delinquió...

MARQ. ¡Silencio!

ELVIRA. Si sostenéis
que mi desdichado amor
empaña el límpido brillo
de vuestro ilustre blasón;
si juzgáis que esto os ofende
acato vuestra opinión;
mas si buscáis al culpable
no os equivoquéis: soy yo.

MARQ. ¡Doña Evira!

ELVIRA. Padre mío:
sabéis que mi corazón
es del capitán don Sancho.

MARQ. ¿Y no te mata el rubor!

ELVIRA. Este cariño es mi orgullo.

MARQ. ¡Por Cristo!

ELVIRA. Nunca mintió
vuestra hija: le he jurado
aquí delante de vos...

MARQ. Recuerdo tu juramento
que será su perdición.
Su muerte puede anularle.

ELVIRA. Más puede la de los dos.

MARQ. Si es preciso... enhora buena.

ELVIRA. Que el cielo os guarde, señor.
(Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II

EL MARQUÉS; BERMUDO, por el foro.

BERM. Ya veis que siempre que sueño
me atormento con razón.
Mi sueño empieza á cumplirse

y si no lo evita Dios
se cumplirá por entero,
gracias á vuestro rigor
peligroso al par que injusto.

MARQ. ¿Son reproches?

BERM. No lo son,
que no puede osar á tanto
un villano como yo;
pero siempre franco he sido
y me temo que este amor
nos traiga...

MARQ. ¡No te creía
tan débil de corazón!

BERM. La vejéz todo lo gasta,
aunque no se advierte en vos.

MARQ. Bien; suprime tus sentencias,
y si no hay cosa mejor
que tratar, déjame solo.

BERM. Hay cosas graves.

MARQ. Que son...
Dime lisa y prontamente
lo que ocurre.

BERM. Pues, señor,
ocurre que Juan primero,
con razón ó sin razón,
entiende que si un soldado
de su casa delinquió
él solo juzgarle puede
y á mantener su opinión
se apresta.

MARQ. ¡Viven los cielos!
Veremos quién de los dos.

BERM. ¿Puedo proseguir?...

MARQ. Prosigue.

BERM. El rey don Juan reclamó
lo que juzga su derecho;
á todo os negásteis vos
y no es extraño que venga
en son de guerra.

MARQ. Mejor.
Defiendo mis privilegios
que de la nobleza son

y que atropellar pretende
con leyes que le dictó
su propio menguado impulso
ó consejo adulador.

BERM. Y don Juan no viene solo;
un *amigo* se ofreció
con su gente y le acompaña.

MARQ. ¿Ozores?

BERM. Sí.

MARQ ¡Bien, por Dios:
viene á salvar á ese mozo!
¡Qué sublime abnegación!

BERM. Viene á vengar los desdenes
de doña Elvira. Señor,
el hombre que otras ofensas
más terribles olvidó,
y ahora ciego de enojo
y de celos y de amor
hasta tal extremo llega...

MARQ. ¿Qué me importa?

BERM. ¡Quiera Dios,
que al fin y al cabo no acierte
con mi triste predicción.

MARQ. Si tienes miedo, te alejas.

BERM. ¡Miedo! Bien sabéis que no.
El miedo nunca ha tenido
entrada en mi corazón.

MARQ. Cuando resuelvo una cosa
no hay razones ni temor
que me detengan, y tengo
formada resolución.
Al que delinque en mi casa
sólo lo castigo yo...

BERM. Es un soldado del Rey...
Olvidad otra razón,
y veréis que en este caso,
á pesar de que mató
á un soldado por abrirse
paso franco, no sois vos
el que debe...

MARQ. ¡Ten la lengua!

BERM. En buen hora...

(Se oye lejano rumor de voces.)

MARQ. Ese rumor...

ESCENA III

DICHOS; GERMÁN, por el foro.

BERM. Paréceme que se acerca
el momento de la lucha.
MARQ. Que me place.
BERM. Germán viene,
y para algo grave os busca.
MARQ. ¡Germán!
GERM. ¡Señor!
MARQ. ¿Qué sucede?
GERM. En apiñadas columnas
las tropas de Juan primero
se extienden por la llanura.
El de Ozores con su gente
el ala derecha ocupa,
y su estandarte amarillo
á merced del viento ondula;
Carrillo, con sus jinetes
los vados del Duero cruza;
el rey don Juan en el centro,
sus mejores tropas junta;
el escuadrón de hijodalgos,
mandado por el de Luna,
refrena en la retaguardia
sus negras cabalgaduras,
y envuelto en nubes de polvo,
que á largos trechos le ocultan,
todo el ejército avanza
formando una línea curva.
Ya se oyen del caballo
las pesadas herraduras,
que las piedras del camino
con el galopar trituran;
los ecos de los clarines
en los espacios retumban;
la voz de los capitanes
llegá á los muros confusa;

los rayos del sol poniente,
hiriendo las armaduras,
levantan chispas de fuego
que el polvo rompen y alumbran,
y surgiendo de entre el polvo
cual fantásticas figuras,
jinetes á toda rienda
el extenso campo cruzan.
Y es el bélico aparato
de tal grandeza que turba
y espanta.

MARQ. Mis servidores
ni se acobardan ni dudan.

GERM. Yo por mí no temo nada;
nada me asombra ni asusta,
pero no puedo ocultaros
que la guarnición murmura.

MARQ. ¡Miserables!

GERM. ¡Y vacilan!

MARQ. Porque el miedo los perturba.

GERM. El que ataca es Juan primero,
la razón en que se funda,
encuentra aplausos en unos
y en otros encuentra excusa;
así no puede extrañaros
que estas circunstancias juntas,
amengüen el ardimiento
y fomenten las disputas.

MARQ. ¡Ay, del menguado que ceje!
¡Ay, del cobarde que arguya!
Lleva la gente á los muros,
torres y almenas ocupa,
que el escuadrón de jinetes
en el patio se reuna,
y lanceros y flecheros
también al combate acudan.
Iza en la torre mi enseña,
y á la vez que parto en busca
de los que osados avanzan,
mis órdenes ejecuta,
y sabrán todos que un Castro
ni cede ni tiembla nunca,

y verá don Juan primero
que llega tarde en su ayuda.

GERM. Advertid...

MARQ. (A Germán.) ¡A la muralla!
(A Bermudo.) ¡A vestirme la armadura!
(Va á salir cuando aparece Manrique en la puerta del fondo.)

ESCENA IV

DICHOS y MANRIQUE

MARQ. ¿Qué quieres?

MANR. Un caballero,
que el rostro y el nombre oculta,
vénia pide para hablaros.

MARQ. Dí que no recibo nunca
á quien su nombre recata,
ni es ocasión oportuna.

MANR. Afirma que á vos le envia
don Juan primero.

MARQ. Ya es mucha
obstinación. Haz que pase.
(A Bermudo y Germán.)
Que mis órdenes se cumplan.
(Vanse Bermudo y Germán.)

ESCENA V

EL MARQUÉS; EL CONDE, con armudura y calada la visera. ELVIRA, en la primera puerta de la izquierda.

MARQ. Hidalgo, podéis alzar,
ante todo, la visera,
puesto que de otra manera
ni escucho, ni os he de hablar.

CONDE. En buen hora. (Levanta la visera.)

MARQ. ¡Por mi honor!
¡Nunca hubiera sospechado!...

CONDE. ¿Os sorprende?...

MARQ. ¡Verme honrado
con tan alto embajador!

CONDE. A vuestro rango y nobleza

más alto les corresponde.

MARQ. ¡Oh, gracias! Sepamos, Conde,
qué quiere de mí su Alteza.

CONDE. A consecuencia de un hecho,
que relatar es en vano,
juzga nuestro Soberano
lesionado su derecho,
y traigo la pretensión
de que, en ley de vasallaje,
se le dé de tal ultraje
cumplida satisfacción.

MARQ. ¡Satisfacción! No comprendo
lo que por ultraje entiende.
¿Ultraja quien se defiende?
Pues mis derechos defiendo.
El que en mi castillo entró,
merced á ardides menguados,
y sangre de mis soldados
en mi casa derramó,
tiene que sufrir aquí
la pena que ha merecido
y ya sentenciado ha sido:
decídselo al Rey así.

CONDE. Me dais la contestación
que á Carrillo.

MARQ. Natural
es que dé respuesta igual,
siendo igual la pretensión;
pues si me he negado ayer,
hoy es fuerza convenir
que ni el Rey debe pedir
ni yo puedo conceder.
Sin razón, ante su alarde,
la sinrazón mantendría,
que otro proceder sería
el proceder de un cobarde.

(Esvira que va á salir á la escena, se detiene al oir que el Marqués habla con Ozores.)

Id y decidle á don Juan,
que, pues tanto lo desea,
haré que muy pronto vea
en el muro al capitán.

ELVIRA. (Oculta tras el tapíz.)
¡Cielos!
CONDE. (Aparte.) ¡Ella! Y pues cumplí
la voluntad soberana,
guárdeos Dios, y hasta mañana,
que nos veremos aquí.
MARQ. Lenguaráz estáis.
CONDE. Os juro,
por mi honor, que nos veremos:
de vos depende que entremos
por la puerta ó por el muro. (Vase.)

ESCENA VI

ELVIRA; EL MARQUÉS, después BERMUDO

ELVIRA. ¿Qué habéis querido decir!
MARQ. Es fácil de adivinar.
ELVIRA. ¿Pensáis tal vez en matar...!
MARQ. Quien mata debe morir.
ELVIRA. ¡Morir él... es imposible!
MARQ. ¿Y por qué?
ELVIRA. Porque sería
cometer á sangre fría
un asesinato horrible.
MARQ. ¡Elvira!
ELVIRA. Salvad, señor,
el brillo de vuestro nombre:
que parta libre... ese hombre,
y juro matar mi amor.
MARQ. ¡Tu amor!... Por él han brotado
odios que extintos juzgué,
por él contra el Rey me alcé,
por él he sido insultado.
¡Y cuando voy á tomar
venganza de tal afrenta,
la culpable es la que intenta
que me humille sin luchar!
ELVIRA. Si soy la culpable yo;
si yo soy la delincuente,
dejad libre al inocente,
matad á la que faltó.
Sólo así podéis salvar

honra y fama; sólo así:
cumpliendo la ley aquí
y yendo luégo á luchar.

MARQ. ¡Es tan ciega tu pasión,
tan insensata, que olvida
que hay una sangre vertida
y exige reparación!

ELVIRA. Pero advertid...

MARQ. Basta ya.

ELVIRA. ¿Luego estáis resuelto?

MARQ. Sí.

ELVIRA. ¡Padre, disponed de mí
pero salvadle!...

MARQ. ¡Já, já!
¡Qué importan fueros y honor!
Humilláos cobardemente,
sed la befa de la gente,
pero salvad á mi amor.
Que mi don Sancho no muera
es ¡ay! lo que el alma ansía...
¿Y tienes tú sangre mía
y eres de Castro heredera!

ELVIRA. Sí; vuestra heredera soy,
pero justicia demando:
hacedla y después luchando,
á morir dispuesta estoy.
Por mi culpa ó por mi mal
nuestra tradición rompemos
y á luchar nos disponemos
contra un mandato real.
Con razón ó sin razón,
el retroceder sería
vergonzosa cobardía
y villana humillación.
Yo no he de pedir jamás
que á tal extremo lleguéis
ni que ante el peligro déis
un menguado paso atrás.
Que un derecho se os negó
por el rey; ante tal hecho,
defended vuestro derecho,
mas vuestra injusticia no.

MARQ. Tan justa y discreta estás,
que nada puedo argüir
y te prometo seguir
el consejo que me das.
Una sentencia dicté
en derecho y en conciencia,
y el derecho y la sentencia
á la par defenderé.

ELVIRA. Es decir, ¿que morirá?

MARQ. Que se cumplirá la ley.

ELVIRA. ¡Señor!

MARQ. Que me aguarda el rey.

ELVIRA. Pero...

MARQ. Impaciente estará.
Y si sucumbo en la acción
en que por tu amor me empeño,
pues quedas de Castro dueño
defiende tu posesión.

ELVIRA. Advertid...

MARQ. Pesada estás,
más te juro por quien soy...

BERM. (Desde el foro.) ¡Señor!

MARQ. Sí, Bermudo, voy.

ELVIRA. ¡Padre!

MARQ. ¡Ni una frase más!

(Vanse el Marqués y Bermudo.)

ESCENA VII

ELVIRA

¡Morir, morir por mi causa!
¿Y puedo yo permitirlo?
¡Jamás!... eso fuera infame.
¿Y qué hacer? ¿qué hacer, Dios mío!
¡Dos vidas idolatradas
en riesgo inminente miro,
y acaso las dos se extingan
en este día maldito!
¡No es posible, no es posible!
¡Dios santo, Dios compasivo,

guarda á mi padre en la lucha,
salva á Sancho, y pues he sido
yo la culpable, que sufra
yo nada más tu castigo!

ESCENA VIII

ELVIRA; LAURA, por el foro,

LAURA. (Entrando.) ¡Señora!
ELVIRA. Laura.
LAURA. Señora,
¿sabéis lo que en el castillo
se asegura?
ELVIRA. ¡Que don Sancho
va á morir!
LAURA. ¡Eso es inícuo,
y ó deja Dios de ser justo
ó no puede consentirlo!
ELVIRA. ¡Ay de mí!
LAURA. ¡Matar á un hombre
por el único delito
de amaros con toda el alma!
Es necesario impedirlo.
ELVIRA. ¡Sí, Laura!
LAURA. Lo impediremos
aun cuando fuera preciso...
ELVIRA. ¿Qué meditas? ¿Qué pretendes?
LAURA. ¡Que muy pronto en el castillo
haya un prisionero ménos
y un calabozo vacío!
ELVIRA. Pero, ¿qué plan es el tuyo?
LAURA. No lo sé...
ELVIRA. ¡Por Jesucristo,
habla pronto, ¿con quién cuentas?
LAURA. ¡Con vuestro valor y el mío!
ELVIRA. Laura, Laura, si se salva...
LAURA. Se salvará, yo lo afirmo.
Muy pronto veréis, señora,
que á Laura, en vuestro servicio,
ni el obstáculo le ataja

ni le amedrenta el peligro.

ELVIRA. Harto lo sé... pero fuera
en mí villano é indigno
aceptar tu ofrecimiento.

LAURA. ¡Qué decís!

ELVIRA. El que atrevido
ose frustrar de mi padre
los implacables designios,
morirá...

LAURA. Nada me importa
morir si logro serviros.

ELVIRA. Gracias, Laura... Por mi causa
todos en Castro sufrimos:
déjame que sufra sola
la pena que he merecido.

LAURA. ¿Qué pretendéis?

ELVIRA. En la ausencia
de mi padre, en el castillo
soy la señora... y pues mando,
mandaré.,.

LAURA. ¡Ciego delirio!
No podéis mandar.

ELVIRA. Entonces,
rogaré...

LAURA. No fuera digno
de vos... Dejadme, señora,
dejadme á mí y os afirmo...
Le salvaré aunque me cueste
un inmenso sacrificio.

ELVIRA. ¿Qué quieres decir?

LAURA. ¡Silencio!
(Se asoma á la ventana.)
Ved, vuestro padre ha partido.

ELVIRA. A pelear y... quién sabe...

LAURA. A vencer... pero es preciso
aprovechar los instantes;
si no, todo está perdido

ESCENA IX

DICHOS; NUÑO, por el foro.

NUÑO. ¡Señora!
ELVIRA. ¡Nuño!
NUÑO. ¡Salvadle!
¡De rodillas os lo pido!
ELVIRA. ¡Alza!
NUÑO. ¡Condenado á muerte
como un infame asesino!
Libertadle, ó por Dios santo...
ELVIRA. ¡Nuño!..
NUÑO. ¡Bah! lo dicho, dicho.
¿Qué puedo perder? ¿la vida?
Pues bien; perderla es mi oficio:
y qué, ¿no la estoy jugando
oculto en este castillo
desde que fué preso?
LAURA. ¡Calla!
NUÑO. ¡Callar! corred ahora mismo,
ó yo haré...
LAURA. ¡Tú!
NUÑO. Yo. ¿Lo dudas?
pues ya verás...
LAURA. ¡Desvario!
Yo le salvaré.
NUÑO. ¡Tú!... ¿Cómo?
LAURA. Veremos
NUÑO. ¡Ah!... ¡Lo adivino!
¡Germán es... sálvale, Laura,
y aquí me tienes cautivo!
Dispón de mí como quieras;
acataré tus caprichos
más que un mandato del rey.
ELVIRA. ¡Noble corazón!... ¡Es digno
de su señor!
NUÑO. (A Elvira.) ¡Que le salve!
ELVIRA. Le salvará. (A Laura.) Si es preciso
verter el oro á raudales
dispón de todo lo mío.

NUÑO. Dios os bendiga... señora...
LAURA. El momento decisivo
(Mirando por la puerta del foro.)
se acerca. Dejadme sola,
y en mi fiad.
ELVIRA. En tí fío.
(Vanse Elvira y Nuño por la primera puerta de la izquierda.)
LAURA. ¡Si vuestra desdicha es grande,
no es menor mi sacrificio!

ESCENA X

LAURA y GERMÁN

Germán cruza pensativo por el foro.

LAURA. (Llamándole.) ¡Germán!
GERM. (Entrando.) ¡Laura!
LAURA. ¿Qué te ocurre
que marchas tan pensativo?
GERM. Es donosa la pregunta.
¡Quizá ignoras que rompimos
el vasallaje, y la lucha
con el rey dió ya principio!
LAURA. ¿Y es eso le que te tiene
tan cejijunto y sombrío!
Otras veces eras bravo.
GERM. ¡Laura!
LAURA. ¡Tú estás pensativo
porque te faltan alientos
para ejercer de asesino!
GERM. ¿Qué dices!
LAURA. Eso te honra
y más por eso te estimo.
¡Bravo y noble: así me places!
GERM. Ese lenguaje... ¡Dios mío!
¡Laura, piensa lo que dices
y no con tonos finjidos
dejes que las esperanzas
hallen en mi pecho abrigo!

LAURA. Pues qué, ¿tu amor es tan grande?
GERM. Es más que grande infinito.
La pasión que por tí siento
es verdadero delirio.
Mis pensamientos son tuyos;
por tí muero y por tí vivo,
pues me matan tus desdenes
y me alientan tus hechizos.
LAURA. ¡No cuadran las dulces pláticas
en momentos tan sombríos!
El aire que respiramos
es de muerte y exterminio.
El ciego orgullo de un hombre
á quien entrambos servimos,
va á cubrir de sangre y lágrimas
las piedras de este castillo.
¡Si vence, pobre señora!
¡Si por acaso es vencido,
el rey será inexorable...
aunque justo en el castigo!
Esta atmósfera me ahoga.
¡Oh, cuánto diera, Dios mío,
por huir lejos, muy lejos,
de estos lugares malditos!
GERM. Huye, pues; ¿quién te lo impide?
LAURA. ¿Y en dónde encontrar asilo?
¡Pobre y huérfana!...
GERM. ¡Qué importa!
Huye, pues, y yo te sigo...
LAURA. ¡Tú!...
GERM. Sí, yo... ¿qué te sorprende
siendo tuyo mi albedrío?
LAURA. ¡No, Germán! Es imposible;
no lo quiere mi destino.
Yo no dejo á doña Elvira
á solas con su martirio.
GERM. ¡Infelíz!
LAURA. ¡Ah, tú no puedes
comprender cuánto ha sufrido
y sufre!
GERM. ¡Tristes amores!
LAURA. ¡Y en hora triste nacidos!

Si muere don Sancho, muere
ella también. Me horrorizo
al pensar... que tú la matas!

GERM. ¿Yo?...

LAURA. Ve y ejerce tu oficio.

GERM. ¿Estás dispuesta á ser mía?

LAURA. ¿Yo?

GERM. ¿Lo estás si me decido
á libertar á don Sancho?

LAURA. ¿Tú?...

GERM. Responde. ¿Huyes conmigo
si le salvo?...

LAURA. Si tal haces,
á donde vayas te sigo...

GERM. ¡Pues bien; verás si es inmenso
el amor del pecho mio!...
Por tí soy capáz de todo:
salvo á don Sancho y huimos,
y después...

LAURA. El tiempo apremia,
y si el Marqués...

GERM. Ahora mismo
corro á abrir su calabozo.

LAURA. ¡Oh, sí!... ¡Vé!

GERM. Pero es preciso
que adviertas á doña Elvira;
pues sólo por el postigo
podemos salir, é importa
que esté todo prevenido.
Yo partiré con don Sancho,
y no olvides que confío
en tu palabra...

LAURA ¡Te juro
que á donde vayas te sigo!

GERM. ¡Adiós, mi bien!

LAURA. ¡Dios te ayude!

GERM No me faltará su auxilio;
y teniendo á Dios y á un ángel,
¿quién me cerrará el camino? (Vase.)

ESCENA XI

ELVIRA, LAURA y NUÑO

ELVIRA. ¡Gracias!
LAURA. ¿La llave?
NUÑO. Héla aquí.
LAURA. Nuño, sal por esa puerta, (Por la oculta.)
ten la del postigo abierta,
y espera á don Sancho allí.
NUÑO. Dame: allí le esperaré.
LAURA. ¡Ojo avizor, por si acaso!
NUÑO. ¡Si alguno me cierra el paso,
con ésta me lo abriré. (Por la daga.)
ELVIRA. ¡Parte ya!
NUÑO. ¡Que os guarde Dios!
Si no muero en la partida,
de mi espada y de mi vida
podéis disponer las dos. (Vase.)

ESCENA XII

ELVIRA y LAURA

ELVIRA. (Abrazandola.) Noble mujer, ven aquí.
LAURA. ¡Señora!...
ELVIRA. ¡Destino fiero!
¡Todos, todos los que quiero
sois desgraciados por mí!
¿Por qué mostraros, Señor,
conmigo tan implacable!
¿Por qué habéis hecho insondable
el abismo del dolor!
LAURA. ¡Señora!
ELVIRA. Mas si Germán...
LAURA. Nada temáis; es valiente,
previsor, inteligente,
y lograréis vuestro afán.
ELVIRA. Tú no le amas
LAURA. ¡Yo... sí!...
Le amo... desde este dia

ELVIRA. No...
LAURA. Sí tal.
ELVIRA. ¡Tú, Laura mía,
te sacrificas por mí!
LAURA. ¡Sacrificarme por vos!
Y bien; si á tanto llegara,
felíz me considerara.
(Se oye rumor de armas.)
ELVIRA. ¿Qué ocurre?
LAURA. ¡Poder de Dios!
(Mirando por la ventana.)
ELVIRA. ¡Qué!
(Se va á dirigir á la ventana. Laura la detiene.)
LAURA. ¡Se oyen pasos!... ¡Él es!
ELVIRA. ¡Don Sancho!
LAURA. Que sin demora
se aleje de aquí, señora,
ó nos perdemos los tres. (Vase Laura.)

ESCENA XIII

ELVIRA; DON SANCHO, por el foro.

SANCHO. ¡Elvira!...
ELVIRA. Callad y huid.
SANCHO. Mas...
ELVIRA. ¡Pronto, por esa puerta!
(Por la oculta.)
La del postigo está abierta.
Nuño os aguarda. ¡Partid!
SANCHO. ¡Que parta, señora! ¿Y vos,
no me seguís?
ELVIRA. ¡Imposible!
SANCHO. ¡Ah!
ELVIRA. Un poder invencible
se interpone entre los dos.
SANCHO. ¡Cómo! ¿Qué queréis decir?
ELVIRA. Aun cuando me vuelva loca
el pesar, á mí me toca
quedarme y á vos partir.
SANCHO. ¿Y os pierdo?

ELVIRA. ¡Sí!
SANCHO. ¡Por mi fe!
ELVIRA. ¡Así lo quiere la suerte!
SANCHO. ¡Entonces, venga la muerte!
ELVIRA. ¡Don Sancho!
SANCHO. ¡No partiré!
Si vuestra pasión acaba,
si pensáis abandonarme,
¿por qué, señora, arrancarme
del calabozo en que estaba!
ELVIRA. ¡Olvidadme!
SANCHO. ¡Desvarío!
¡Olvidar!... Cuando mi vida
se acabe, que nunca olvida
un corazón como el mío.
Pero yo no soy amado.
ELVIRA. ¡Don Sancho!
SANCHO. ¡Jamás lo fuí!
¿Y habéis olvidado así
un juramento empeñado!
ELVIRA. ¡Ah, nunca le olvidaré!
SANCHO. ¡Hasta la burla llegáis!
ELVIRA. Don Sancho; no recordáis
aquello que yo juré.
Dije: mi palabra doy
y le prometo mi mano:
sólo la muerte hará vano
mi juramento de hoy.
SANCHO. Y bien ..
ELVIRA. ¡La muerte le hará!
SANCHO. ¡La muerte!
ELVIRA. Si que inclemente
se acerca rápidamente.
SANCHO. ¿Qué decís?
ELVIRA. Ved dónde está.
(Llevándole á la ventana)
SANCHO. ¡Un combate, y en unión
de don Juan lucha el de Ozores!
ELVIRA. ¡Huyen los nuestros!
SANCHO. ¡Traidores,
cobardes!
ELVIRA. ¡Por compasión!

Alejáos pronto de aquí.

SANCHO. Mas, ¿qué pasa? ¡No comprendo!...

ELVIRA. ¡Esa sangre está corriendo
por vos, don Sancho, y por mí!

SANCHO. ¡Cielos!

ELVIRA. ¿Compréndeis ahora
que es preciso renunciar!...

SANCHO. Pues bien; dejadme luchar
y morir por vos, señora.

ELVIRA. ¡Qué demencia! ¡Ese rumor!...
(Se asoma á la puerta del foro.)
¡Si es ya posible la huída,
salvad, salvad vuestra vida!

SANCHO. ¡Mi vida! (Con desdén.)

ELVIRA. ¡Por nuestro amor!

SANCHO. ¡Dejaros en trance tal,
ante un peligro inminente!

MARQ. (Desde fuera.) ¡Cobardes, arriba el puente
y á su puesto cada cual!

ELVIRA. (Empujando á don Sancho.)
¡Por piedad, salid!
(Empuja á don Sancho, que desaparece por la puerta oculta, ante la cual queda Elvira inmóvil y temblando al oir los pasos de su padre.)

ESCENA XIV

ELVIRA y EL MARQUÉS; después, MANRIQUE

MARQ. (Entra precipitadamente, sin casco, el cabello en desorden, la armadura abollada y la espada rota; tira la espada; se dirige á la panoplia y descuelga un hacha de armas.)
¡Aún puedo
luchar! (Al ver á Elvira.)
¿Por qué te estremeces?

ELVIRA. ¡Señor!...

MARQ. Por qué palideces?
Es que también tienes miedo?
Contémplame fugitivo,
goza viéndome humillado!

ELVIRA. ¡Padre!...

MARQ. Mas no deshonrado
y aún puedo luchar, aún vivo.
¡Ah! no esperes que á tu amor
logre libertarle el rey:
aún rige en Castro mi ley;
aún soy de Castro señor.
¡Germán!... ¡Germán!... (Llamando.

ELVIRA. ¡Ay de mí!)
(Aparece Manrique.)

MARQ. ¿Y Germán?

MANR. ¡Señor, ha huído!

MARQ. ¿Qué?

MANR. Y con él ha partido
un prisionero.

MARQ. ¿Quién? ¿dí?

MANR. El capitán.

MARQ. ¡Maldición!
(Hace un signo enérgico á Manrique para que se retire.)

ESCENA XV

ELVIRA y EL MARQUÉS

MARQ. ¿Miente ese hombre?

ELVIRA. No miente.

MARQ. ¡Infame!

ELVIRA. Sed inclemente:
matadme sin compasión.

MARQ. ¿Y fuiste tú?

ELVIRA. Yo he sido
la que libertad le ha dado.

MARQ. ¿Tú la que me ha traicionado?
¿Tú la que me ha escarnecido?
Luego he dejado de ser
lo que siempre en Castro fuí
y hay otro poder aquí
enfrente de mi poder?
No es posible que lo crea:
¡tú desafiar mis iras!...
Paréceme que deliras

y quiera Dios que así sea.
(Se dirige á la puerta del foro.)

ELVIRA. ¿A dónde vais?

MARQ. A inquirir,
á ver...

ELVIRA. Inútil afán.
Ha partido el capitán.

MARQ. ¡Silencio!

ELVIRA. No sé mentir:
no me lo enseñásteis vos.

MARQ. Pues por esta vez lo hiciste.

ELVIRA. No.

MARQ. ¡Sí! ¡Mentiste; mentiste!
Es preciso... ¡Vive Dios!
Oye bien: partí á luchar;
mis jinetes me siguieron,
pero traidores huyeron
sin pretender pelear.
Al mirarme abandonado,
mi carrera redoblé
y á la muerte me lancé
furioso, desesperado.
Cayó mi potro y caí,
Bermudo me levantó,
en el suyo me montó
y me condujo hasta aquí.
En el ráudo galopar
pensaba incesantemente:
Hoy me ha vendido mi gente,
¿quién la ha podido comprar!
Torturando la razón
busco, llego, subo, entro,
corro á tu lado y encuentro
también aquí la traición;
y me vuelvo á preguntar,
al verme siempre vendido:
pero ¿quién, quién ha podido
tantos traidores comprar!
Y un rayo de luz abrasa
y alumbra mi pensamiento;
y un sordo terrible acento
me dice: busca en tu casa.

Y si á buscar me decido
al traidor ó la traidora
díme: ¿comprendes ahora
que es fuerza que hayas mentido!

ELVIRA Ignoro si algún malvado
á nuestras gentes compró:
lo que he realizado yo
tranquila lo he confesado.

MARQ. Pues bien; cáiga sobre tí
mi... mal...

ELVIRA. ¡Callad!...

MARQ. ¡Fementida!
¡El prisionero, ó tu vida!

ELVIRA. (Cayendo de rodillas.)
¡Tomad mi vida, héla aquí!

ESCENA XVI

DICHOS y BERMUDO

El Marqués levanta la mano armada con el hacha, como para descargarla sobre Elvira. Duda y retrocede dos pasos. Pausa.

MARQ. ¡Tu vida!...

BERM. (Desde el foro.) Venid, señor,
á donde el peligro os llama:
al muro, que allí reclama
vuestra presencia el honor.

MARQ. Sí, luchemos sin cesar
hasta el último momento.
¡Vamos, Bermudo, que siento
ansia loca de matar!
Me sobran aliento y brío.
¡Y tú, mi indigna heredera,
pídele á Dios que yo muera!
(Vase seguido de Bermudo.)

ELVIRA. (Que ha permanecido de rodillas.)
¡Que triunfe y viva, Dios mío!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA y LAURA

ELVIRA. No, Laura, no hay desventura
que se asemeje á la mia.
Ya lo has visto: soy culpable
de tanta y tanta desdicha.
El Rey, por salvar á Sancho,
que es la vida de mi vida,
y por mantener las leyes
que contra los nobles dicta,
lucha unido con Ozores,
y nos vencen; nos humillan,
y en nuestra torre tremola,
junto al pendón de Castilla,
el estandarte del hombre
que trajo tanta ruïna...
Y mi padre me aborrece.

LAURA. ¡Imposible!

ELVIRA. De mi vista
huye siempre, y en su estancia
no me deja entrar.

LAURA. Le irrita
la presencia de esos hombres.
ELVIRA. ¡Y pensar que por su hija
sufre tantas desventuras!
¡Si á sus mandatos sumisa
hubiera estado!... ¡Imposible!
LAURA. En rigor la sola víctima
sois vos, señora.
ELVIRA. No, Laura.
Es tan grande mi desdicha,
que todos los que yo amo
padecen por culpa mía.
Tú, por servirme, empeñaste
tu palabra, y al cumplirla
serás infelíz.
LAURA. ¡Señora!
ELVIRA. Germán, amante, te hostiga.
LAURA. Salvó á don Sancho, y es justo
que su recompensa pida.
Cuando estéis libres, que creo
será pronto, en ese día
cumpliré lo prometido,
si no contenta, tranquila,
y seré felíz. En cambio,
vos...
ELVIRA. Yo tan sólo pedía
que mi padre y mi don Sancho
vivieran: fueron oídas
mis preces, y ya no hay nada
que me preocupe en la vida.
LAURA. ¡Quién sabe lo que os reserva
el porvenir todavía!
No es posible que don Sancho
tarde mucho en dar noticias
de su persona, y confío
en que pronto...
ELVIRA. ¡Tú confías!...
¡Laura, ya no hay esperanza!
LAURA. ¿Teméis que olvide!
ELVIRA. ¡No olvida
un corazón como el suyo!
LAURA ¡Pues entonces...?

ELVIRA. ¡Laura mía,
todo acabó!
LAURA. No comprendo...
ELVIRA. Lo quiere mi suerte esquiva.
Después de tantas desgracias,
¡ay! mi sola medicina
es la muerte á la que llamo.
LAURA. ¡Por piedad!
ELVIRA. Está tranquila;
la desgracia nos sujeta
con tal poder á la vida,
que no vendrá.
LAURA. ¡Me asustáis!
ELVIRA. ¡Asustarte, pobre amiga!
LAURA. No por mí.
ELVIRA. Lo sé.
LAURA. ¿Qué puede
suceder!
ELVIRA. ¡Sin duda olvidas
quién es hoy señor de Castro!
Don Juan primero, en un día,
se olvidó de los servicios
que le debe á mi familia,
y nos impone la afrenta...
LAURA. Tal vez el Rey no sabía...
ELVIRA. Las pretensiones de Ozores,
quizá no; mas la enemiga
de nuestras dos casas nadie
la desconoce en Castilla.
¡Ah! pero nada me arredra:
la lucha que se avecina
será tremenda; los odios
y el despecho airados, vibran
y estallarán; mas por eso
no han de domar mi energía,
ni abatirme, ni vencerme,
que á todo estoy decidida.
Él viene. Vamos.
(Van á salir, y aparece Ozores por el foro.)

ESCENA II

DICHAS y EL CONDE

CONDE. ¡Señora!
(Elvira, seguida de Laura, se dirige á la puerta de la izquierda, y Ozores la detiene con un ademán entre imperioso y cortés.)
ELVIRA. ¿Qué pretendéis?
CONDE. ¡Siempre altiva!
ELVIRA. ¿Es eso todo?...
CONDE. (A Laura.) ¡Dejadnos!
ELVIRA. Aguárdate.
CONDE. Doña Elvira,
tengo que hablaros á solas
y pues la ocasión propicia
se presenta...
ELVIRA. (A Laura.) No te alejes;
yo lo mando.
CONDE Sentiría
recordaros que si ruego,
es porque á ello me excitan
respetos, no obligaciones.
ELVIRA. Pensé que la cortesía
es la obligación primera
en quien de hidalgo se estima;
pero si es el carcelero
el que tengo ante mi vista,
dicte en buen hora sus órdenes
y serán obedecidas.
CONDE. Mis órdenes. Si es preciso...
(A Laura.) Salid (A Elvira.) Esperad.
LAURA. (Aparte.) Principia
la lucha que presagiaba:
Dios le ayude y nos asista.
(Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA III

ELVIRA y EL CONDE

ELVIRA. Cuando os plazca, comenzad,
mas sed breve.
CONDE. (Aparte.) Desdeñosa
me parece más hermosa.
Escuchadme pues.
ELVIRA. Hablad.
CONDE. Las contiendas que en un día
tanta sangre nos costaron,
otra vez se reanudaron
pero no por culpa mía.
Os brindé concordia y paz:
con la guerra respondísteis
y bien pronto conocisteis
de lo que era yo capáz.
ELVIRA. De apelar á la traición,
engañar al soberano
y luchar como villano
que no tiene corazón.
CONDE. ¡Doña Elvira!
ELVIRA. Si esa fué
vuestra gloria, vuestra hazaña,
¿qué os ofende? ¿que os extraña?
Preguntásteis, contesté.
CONDE. El ultraje sin cesar
y con él mi amor acrece;
¿por qué si así me aborrece
tanto y tanto la he de amar!
ELVIRA. ¿Osäis hablar de amor?
CONDE. Sí; de un amor tan profundo
que nadie, nadie en el mundo
supo sentirle mayor.
ELVIRA. Mal el momento escogéis,
Conde, porque el homenaje
de ese amor es un ultraje
que á mi dignidad hacéis.
CONDE. ¡Señora!
ELVIRA. ¿Contáis tal vez

con la femenil flaqueza,
para rendir mi entereza
y domeñar mi altivéz?
El haber vencido un día
os ofusca demasiado.

CONDE. Juro á Dios que no he pensado
semejante villanía.
No hay amenazas aquí:
hay tan sólo humilde ruego
hasta el cual me arrastra ciego
amoroso frenesí.
Una frase de perdón,
un acento de esperanza,
y veréis adónde alcanza
tan acendrada pasión. (Pausa,)
Una frase: yo la imploro...
una sola.

ELVIRA. Vano intento;
corazón y pensamiento
son del hombre en quien adoro.

CONDE. ¿No hay, pues, esperanza?

ELVIRA. No.

CONDE. ¿Conque tanto le adoráis?

ELVIRA. ¡Mucho!

CONDE. ¿Y os imagináis
que he de consentirlo yo!
Jamás.

ELVIRA. ¡Menguado!

CONDE. ¡Jamás!
¿Otra vez os he rogado
y otra me habéis despreciado!
Está bien: no ruego más.

ELVIRA. Que me place.

CONDE. Ese desdén
es muy peligroso ahora:
tened en cuenta, señora,
que puedo vengarle bien.

ELVIRA. ¿Amenazáis!

CONDE. ¡Amenazo!

ELVIRA. Nada me inspira temor:
como rechacé el amor
las amenazas rechazo.

CONDE. Dichas conque yo soñé,
nadie las ha de lograr,
y si es preciso matar
para impedirlo, lo haré.
¡Que me despreciáis!... Mejor;
despreciadme, porque al cabo
si no me queréis esclavo,
me soportaréis señor.
(Aparece Ramiro en el fondo.)
ELVIRA. ¡Raya vuestro orgullo en necio!
CONDE. ¡Habréis de pertenecerme
á pesar de aborrecerme!
ELVIRA. No os honro tanto: os desprecio.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

EL CONDE y RAMIRO

RAMIRO. ¡Está valiente y altiva!
CONDE. Se domará su altivéz.
RAMIRO. Me temo que sea tarde.
CONDE. ¿Por qué lo temes?
RAMIRO. ¿Por qué?
Lo que yo me imaginaba
va muy pronto á suceder.
CONDE. Habla más claro.
RAMIRO. El amante
se acerca á Castro.
CONDE. ¡Pardiéz,
tanto mejor!
RAMIRO. Lo veremos:
habéis dejado correr
los días inútilmente,
creyendo, ¡gran candidéz!
que con rogar... Despreciando
mis consejos. Anuncié
que libre, don Sancho era
un peligro.
CONDE. Si á saber
llego que logró evadirse...

de fijo no acaba en bien
su aventura; pero el mozo
supo ocultarse merced
al tumulto y al asalto,
privándome del placer
de abrir yo su calabozo.
Mas, ¿qué importa?

RAMIRO. Bravo, fiel
y agradecido, no hay riesgo
que le pueda contener.
Y el galán viene á salvarla.

CONDE. ¡A salvarla! (Con sarcasmo.)

RAMIRO. ¡Yo no sé
cómo podréis impedirlo!

CONDE. ¡Oh! ¡Ya lo veras!

RAMIRO. Tal vez.
¡Pero la amáis demasiado!

CONDE. No sé, Ramiro, si es
amor...

RAMIRO. (Con sarcástica amargura.)
Amor tan profundo
que avasallado por él
en contradicción perpétua
y en duda eterna se os vé.
Un día, ciego de enojo,
disfrazando de desdén
el amor que os enloquece,
lucháis, vencéis y después
usáis, señor, en tal forma
de vuestro inmenso poder,
que en lugar de miedo lástima
inspiráis tan sólo. ¿A qué
rogar, cuando en este instante
más que la dama el Marqués
os rechazará indignado!
Señor, ya no podéis ser
esposo de doña Elvira.
Meditad en ello bien.
Sólo dos medios os restan:
ó resignarse y ceder
ante un rival...

CONDE. ¡Eso, nunca!

RAMIRO. ¡Ah! pues entonces haré
que antes de apuntar el alba,
se encuentre á vuestra merced.
¿Me obedeceréis en todo?
CONDE. Mas...
RAMIRO. No hay tiempo que perder.
Mañana será imposible:
conozco sobrado bien
las intenciones del mozo.
Si antes del amanecer
no estamos en vuestras tierras
de Aragón, inútil es
todo lo que se proyecte.
CONDE. Entonces...
RAMIRO. Hay que vencer
ó ser vencido esta noche.
Por fortuna, yo velé
mientras otros dormitaban,
y sobra tiempo, á no ser
que os neguéis á secundarme.
CONDE. Lo que tú quieras haré,
y gracias, gracias, Ramiro.
Si logro que esa mujer
que me rechaza implacable...
cáiga humillada á mis piés,
ya verás á dónde llega...
RAMIRO. Basta. Os ayudo esta vez,
porque al serviros, me sirvo.
CONDE. ¿Tú?... ¡No entiendo!
RAMIRO. ¡Por Luzbel,
que tanto olvido me asombra!
¿No recordáis que empeñé
un juramento! Esta noche
cumplido lo vais á ver.
CONDE. Esta noche... ¡Dios eterno!
RAMIRO. ¡Oh, sí! Por eso el doncel
que como amante os estorba,
estórbame á mí también.
CONDE. No entrará en Castro.
RAMIRO. ¡Locura!
Aquí no nos puede ser
dañoso. Por eso mismo,

en vuestro nombre, ordené
que le dejen franco el paso.

CONDE. Pero, ¿qué meditas?

(Se oye ruído de pasos y Ramiro se acerca á la puerta del foro.)

RAMIRO. ¡Ved;
ya se acerca el venturoso
rival!

CONDE. (Llevando la mano á la espada.)
¡Oh!

RAMIRO. ¡Calma, pardiéz;
mucha calma, y yo respondo! (Vase.)

ESCENA V

DON SANCHO y EL CONDE

SANCHO. (Desde la puerta,) ¿Conde de Azores?

CONDE. (Dominando trabajosamente su enojo.) ¿Quién es?

SANCHO. ¿Os sorprende verme aquí?

CONDE. ¡Sorprenderme! Bueno fuera.

SANCHO. ¿Esperábais que viniera?

CONDE. ¿Esperarlo? ¡tal vez sí!

SANCHO. No tan pronto.

CONDE. Puede ser;
pero en ello no pensaba,
porque no me preocupaba
lo que pudiérais hacer.

SANCHO. Lo veremos.

CONDE. Lo veremos.
Cuando queráis explicar...

SANCHO. Sí, que importa terminar.

CONDE. Os escucho.

SANCHO. Comencemos.
Por vengaros de un desdén...

CONDE. Por salvar á un desdichado
que iba el pobre á ser colgado...
Comenzad la historia bien.

SANCHO. Pues que ya la conocéis.

CONDE. Os podéis ahorrar la pena
de contarla.

SANCHO. El rey ordena
que de Castro os alejéis.
Ved el mandato real. (Entrégale un pliego.)
CONDE. Es inútil el mandato
puesto que volverme trato
á mi castillo feudal.
La voluntad soberana
con mi voluntad coincide;
así lo que el rey me pide
será cumplido mañana.
SANCHO. ¿Mañana!
CONDE. Rayando el dia
partiremos.
SANCHO. Partiréis
vos tan solo.
CONDE. ¿Qué?...
SANCHO. No habéis
leído el pliego todavía.
CONDE. (Leyendo el pliego.)
¡Cielos! ¡Conque en libertad
los deja el monarca!
SANCHO. Sí.
CONDE. Ya no coinciden aquí
voluntad con voluntad.
Si yo á triunfar le ayudé,
sin mi vénia no ha podido...
SANCHO. A salvarles he venido...
CONDE. Lo siento.
SANCHO. (Con calma y firmeza.) Y así lo haré.
Orden que á mí se me dió
supe cumplirla fielmente.
CONDE. Pues en el caso presente
no podréis hacerlo.
SANCHO. ¿No?
CONDE. Comprendo el alto interés
que en esta cuestión os guía:
medio muy hábil sería
para ganar al Marqués.
SANCHO. (Con enojo.) ¡Conde!
CONDE. (Con desdeñosa frialdad.) Calma, capitán;
el ceño torvo y airado
no cuadra en un enviado

de nuestro buen rey don Juan.
Pensad mancebo que aquí
sois tan solo el servidor
de vuestro augusto señor,
y habláis delante de mí.
Mas pase por esta vez,
y escuchadme con cordura.

SANCHO. (Con enojo mal contenido.)
Si fuera vuestra bravura
igual á vuestra altivéz,
por dichoso me tendría.

CONDE. (Con desdén.)
Temo que estéis condenado
por la suerte á ser colgado.

SANCHO. ¡Basta ya por vida mía!
No es el soldado real
el que la obediencia invoca;
hoy el destino coloca
al rival frente al rival.

CONDE. Por Dios, que me hacéis reir
al veros tan arrogante.

SANCHO. Ha llegado ya el instante
de matar ó de morir.
Con qué suprema alegría
esta ocasión aguardaba
y cómo me deleitaba
la esperanza que sentía.
Pronto, el acero en la mano,
y en marcha... No sonriáis,
Conde, que si me obligáis,
os mato como á un villano.

CODDE. ¿Y quién le ha dicho al galán
que puede cruzar su acero
conmigo?

SANCHO. Soy caballero.

CONDE. No es bastante.

SANCHO. Capitán
de su alteza.

CONDE. La arrogancia
deponed, que siendo así
existe de vos á mí
un abismo de distancia.

SANCHO. Eso no me ha de atajar,
pues por muy hondo que esté
de ultrajes, le llenaré
para poderle pasar.
CONDE. ¡Qué lenguaráz heroísmo!
SANCHO. Vamos, que mi enojo crece.
(Aproximándose á él en actitud de descompuesta amenaza.)
No me obliguéis á que empiece
á rellenar el abismo.
CONDE. (Retrocediendo y desnudando la espada.)
Sufriros más fuera mengua.
Vamos, ¡vive Dios! que quiero
ver si mantiene el acero
las audacias de la lengua.
(Van á salir y aparece Elvira por la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS y ELVIRA; después MANRIQUE

ELVIRA. ¡Sancho!
SANCHO. ¡Elvira!
CONDE. (Recobrando su calma y envainando la espada.)
¡Por mi fe!
¡Qué pronto os han advertido,
y qué á tiempo habéis venido!
(A Sancho.) ¡Tenéis fortuna!
SANCHO. ¿Por qué!
CONDE. No me extraña, que en verdad
la premura es merecida,
pues si vos salváis su vida
él os trae la libertad.
ELVIRA. ¡Su vida!
SANCHO. ¡Salvarme!
CONDE. Sí.
Ya me explico el ardimiento...
SANCHO. ¡Qué villano pensamiento!
¡Salgamos pronto de aquí!
CONDE. No vele la palidéz
vuestros encantos, señora:

habéis llegado en buen hora,
al menos por esta vez.
Ya se logró vuestro afán,
puede mucho quien bien ama:
comunicad á esta dama
vuestra misión, capitán.
Supongo que la ignoráis
y en mi deseo vehemente
de seros grato... impaciente
aguarda. ¿Por qué calláis?

SANCHO. Ni hay nobleza ni valor
en tanto sarcasmo.

CONDE. Calma
y no torturéis un alma
que está muriendo de amor.

SANCHO. ¡Conde!

ELVIRA. Es cierto y á pesar
de tanta y tanta vileza,
nadie podrá la grandeza
de mi pasión amenguar.
La amenaza y el desden
son extremos tan gastados,
Conde, como despreciados;
no lo olvidéis.

CONDE. Está bien.

ELVIRA. Y vos, don Sancho, apartad
vuestra mano del acero;
yo lo mando, yo lo quiero.

MANR. (Desde el foro.) Señor Conde...

CONDE. (A los otros dos.) Perdonad.
(Recibe un pliego de manos de Manrique.)
Bien. (Vase Manrique.) Vuestro padre desea
hablarme.

ELVIRA. ¿Mi padre?

CONDE. Sí.

ELVIRA. (A don Sancho.)
Sabrá ya que estáis aquí.

SANCHO. (A Elvira.) Es forzoso que le vea.

ELVIRA. ¿Vedle vos?

CONDE. Le anunciaré,
capitán, vuestra venida
y luégo, la interrumpida

plática reanudaré. (Vase.)

ESCENA VII

ELVIRA y DON SANCHO

ELVIRA. ¡Verle!
SANCHO. Don Juan lo mandó
y evitarlo es imposible.
Sé que hallará aborrecible
dicha que le anuncie yo.
Tal vez no debí aceptar;
pero entonces no os veía.
Además, ¿á quién podía
este encargo confiar?
Libres. yo me alejaré
más tranquilo de esta tierra,
y en los lances de la guerra
nombre y lauros buscaré.
ELVIRA. ¡Sancho!...
SANCHO. ¡Es fuerza sucumbir
ante el rigor de la suerte,
y pronto pondrá la muerte
término á tanto sufrir!
ELVIRA. ¡Qué estáis diciendo!
SANCHO. ¡Sin vos
es imposible mi vida!
ELVIRA. No; dejemos que decida
de nuestro destino Dios.
SANCHO. Pues qué, señora, ¿esperáis
por acaso?...
ELVIRA. Nada espero.
SANCHO. Entonces...
ELVIRA. ¡Ah! pero quiero,
mi Sancho, que vos viváis.
SANCHO. ¡Que yo viva!... ¡Os conocí
siendo dichosa, envidiada!...
¡Hoy soy la más desgraciada,
y me lo debéis á mí!
Al veros, os adoré,
mas desde aquel triste día,
el aire que os envolvía

con mi aliento emponzoñé.

ELVIRA. ¡Que yo era dichosa!... Error:
envidiada y poderosa,
sí; mas ¿dichosa!... ¿Dichosa,
sin conocer el amor!
Si por vos le conocí,
y con tal fuerza le siento,
bendiga Dios el momento
que por vez primera os ví.
También os amé aquel día,
y comprendí que os amaba,
al ver que se iluminaba
el aire que me envolvía.
¿Qué me importa lo demás?
A mi amor constante y fiel,
¡cuanto más sufro por él
se agiganta mucho más!
¿Qué me importa que el destino
sólo me brinde amarguras,
y amontone desventuras
en mitad de mi camino!
Hundido nuestro poder,
por mi padre aborrecida...

SANCHO. ¡Eso más!...

ELVIRA. ¡Escarnecida
mi dignidad de mujer!

SANCHO. ¡Qué decís!

ELVIRA. Osó atrevido
amenazar, porque estoy
en su poder.

SANCHO. Desde hoy
su poder ha concluído:
y antes del alba...

ESCENA VIII

DICHOS; RAMIRO, por el foro.

RAMIRO. ¡Señora!

ELVIRA. ¿Qué queréis?

RAMIRO. (A Elvira.) Vengo á buscaros.

ELVIRA. ¿A mí?

RAMIRO. Cumpliendo las órdenes
del señor marqués de Castro.
ELVIRA. ¿De mi padre!
RAMIRO. Vuestro padre
parece que quiere hablaros.
ELVIRA. ¿Os ha dicho?...
RAMIRO. Me lo ha dicho
dándome á la vez encargo
de que os busque y acompañe
hasta su estancia.
ELVIRA. Bien. Vamos.
SANCHO. Si me permitís, señora,
que vaya con vos...
RAMIRO. (Aparte.) ¡Diablo!
ELVIRA. (Vacilando.) ¿Vos!
RAMIRO. Haced como gustéis;
pero por lo que he llegado
á saber, me temo mucho
que no ha de serle muy grato
al Marqués, que ya conoce
vuestra venida...
ELVIRA. Quedáos.
SANCHO. Pensad que á pesar de todo
he de cumplir un mandato
del rey.
ELVIRA. Y le cumpliréis,
pero aguardad.
SANCHO. Bien; aguardo.
RAMIRO. ¡Hola, alumbrad!
(Aparecen dos soldados con antorchas. A Elvira.)
Cuando os plazca. (Vanse.)
SANCHO. ¡Quede ella libre y partamos
á morir: no hay esperanza!
¡Amándola tanto, tanto!

ESCENA IX

DON SANCHO; NUÑO, por el foro.

NUÑO. (Con cierta agitación.)
¡Señor!
SANCHO. ¿Qué sucede?

NUÑO. Noto
movimiento de soldados;
observo que se transmiten
órdenes con gran recato,
y que cautelosamente,
bien á pie, bien á caballo,
salen del castillo grupos
que van los muros cercando.

SANCHO. ¡Recelos tuyos!

NUÑO. ¿Recelos?...
¡Tal vez! Há poco en el patio
he visto al conde de Ozores
de todas armas armado...

SANCHO. Eso demuestra lo injusto
de tu sospecha.

NUÑO. Al contrario;
eso demuestra...

SANCHO. Que el Conde,
obedeciendo el mandato
del rey don Juan, se apercibe
para marcharse de Castro.
(Brilla un relámpago.)

NUÑO. ¡Me sorprende que tan pronto
ceda!

SANCHO. Sabe que es en vano
resistir.

NUÑO. ¡Hum!... ¡No me fío!

SANCHO. (Con cierta preocupación, que va aumentando hasta el final de la escena.)
Ozores es un hidalgo...

NUÑO. Que obró con poca hidalguía
en ocasiones. Acaso
tengáis razón, y estos sean
recelos poco fundados;
pero, señor, muchas veces
pensando mal, acertamos.
¡Ah! Sóis demasiado noble... (Con firmeza.)
¡Aquí se nos tiende un lazo!

SANCHO. ¡Nuño! (Estremeciéndose.)

NUÑO. Vos palidecéis
porque también teméis algo!

SANCHO. Es imposible que Ozores...

NUÑO. Ama: se vé despreciado,
y los celos y el despecho
que otras veces le cegaron,
pueden cegarle de nuevo;
sobre todo, si á su lado
está Ramiro.

SANCHO. ¡Ramiro!...

NUÑO. Ese viejo es hombre bravo
y audáz.

SANCHO. (Con preocupación y agitación crecientes.)
¡Sí; ya le conozco!
(Como hablando consigo mismo.)
¿Será posible, Dios santo,
que intenten alguna infamia?
¡Quién lo sabe! Su sarcasmo...
aquel pliego que le aleja
de esta cámara... el criado
que viene en busca de Elvira,
y en el instante que trato
de ir con ella... ¿Ha mentido
Ozores?... ¿Habrá llamado
el Marqués á su hija?...

NUÑO. (Que se ha aproximado á la ventana y está mirando al campo, mientras don Sancho habla.)
¡Cielos!
¡Mirad!

SANCHO. (Acercándose.) ¿Qué ves?

NUÑO. Allá abajo...
en dirección del postigo ..
¡Este maldito nublado!...
¡Es la obscuridad tan densa!...
Pero al fulgor de un relámpago
jurara, señor, que he visto
un grupo de hombres armados...

SANCHO. Nuño, ¿y los nuestros?

NUÑO. Ocultos
en el bosque.

SANCHO. Corre al campo
si es ya tiempo.

NUÑO. (Con extrañeza.) ¿Qué?

SANCHO. Vigila,
y si es preciso ,. Yo en tanto

me cuidaré del castillo.

NUÑO. Prontos á vuestro mandato
estarán, Tristán y Lope
y otros cinco que he logrado
entren aquí.

SANCHO Ya me basta.
Si oyes la señal...

NUÑO. ¡Bien!

SANCHO. ¡Vamos!

(Van á salir cuando se oye la voz de Laura.)

LAURA. (Dentro.)
¡Favor! ¡Socorro!

SANCHO. ¿Has oido?

NUÑO. ¡Ah!... ¡No sospechaba en vano!

(Se van acentuando los relámpagos y empieza á oirse el trueno de tiempo en tiempo.)

ESCENA X

DON SANCHO; LAURA, por el foro y NUÑO

LAURA. ¡Favor!

SANCHO. ¡Laura!

LAURA. ¿Vos? ¡Salvarla!

SANCHO ¿Qué dices?

LAURA. Ese malvado
de Ramiro...

SANCHO. ¿Qué sucede?

NUÑO. ¡Habla, responde!

LAURA. Apostados
al fin de la galería
algunos hombres al mando
de Ramiro.

SANCHO. Acaba pronto.

NUÑO. ¿Y bien?

LAURA. La arrancan de Castro.

SANCHO. ¡Qué oigo!

NUÑO. ¡Viles!

LAURA. Salvadla
del poder de esos villanos.

SANCHO. ¡Miserable! (Vase seguido de Nuño.)

LAURA. Dios os guíe.

SANCHO. (Desde dentro.)
¡Atrás!
LAURA. (Retrocediendo.) ¡Cielos!
NUÑO. (Desde afuera.) Tristán, bravo:
firme sobre los cobardes.
SANCHO. (Dentro.) ¡Miserables! ¡Paso! ¡Paso!

ESCENA XI

LAURA; EL MARQUÉS por la izquierda, y RAMIRO, por el foro.

MARQ. ¿Qué haces aquí? ¿Qué sucede?
LAURA. Señor...
MARQ. ¿Por qué tal espanto?
¿Por qué pedías socorro...
y por qué hasta mí han llegado
los ecos de una pelea!
¡Habla!
RAMIRO. (Desde el foro.) Yo hablaré. Dejadnos.
(Vase Laura.)

ESCENA XII

EL MARQUÉS y RAMIRO

MARQ. ¡Viven los cielos! ¿Quién eres!
RAMIRO. Marqués, ¿no me conocéis?
MARQ. ¡No!
RAMIRO. ¡Yo haré que recordéis!
MARQ. ¡Acaba pronto! ¿Qué quieres?
RAMIRO. Soy un hombre que juró
vengar al Conde de Ozores,
que, en una noche de horrores,
asesinado murió.
MARQ. ¡Miente el villano!
RAMIRO. ¡No miente!
MARQ. En su estancia penetré.
Se alzó del lecho, luché,
y le maté frente á frente.

RAMIRO. ¡En las nieblas embozado,
y por el ódio impelido,
subísteis como un bandido,
matásteis como un malvado,
y no como mata un noble!...
¡Guardaba la estancia yo!...

MARQ. ¡Brava guardia, que rodó
á mis plantas de un mandoble!

RAMIRO. ¡Es cierto, señor Marqués;
pero aquel pobre villano,
hoy al fiero castellano
verá postrado á sus piés!

MARQ. ¡A tus piés!

RAMIRO. ¡Tal es de Dios
el decreto inexorable:
fuísteis un día implacable,
y hoy he de serlo con vos!

MARQ. ¡Miserable!

RAMIRO. Yo empujé
á la contienda al de Ozores;
yo desperté sus rencores,
y sus celos ávivé;
por mí la lucha surgió;
por mí fuísteis traicionado,
y moriréis deshonrado.

MARQ. ¡Morir deshonrado yo!

RAMIRO. ¡Sí, Marqués! ¡Vuestra heredera
verá extinguirse su vida
esclava y envilecida!

MARQ. ¿Qué dices?

RAMIRO. La que altanera
al de Ozores rechazó,
es ya de Ozores esclava:
¡así se extingue y acaba
raza que hasta el rey osó!
¡Escuchadme: yo arranqué
á vuestra hija de aquí!

MARQ. ¡Ah! ¡Tú, miserable!

RAMIRO. ¡Sí,
y en los brazos la arrojé
del Conde! Pero no está
mi venganza bien cumplida,

pues necesita una vida...

MARQ. ¡Vive Dios!

RAMIRO. ¡Y la tendrá.
Sí, Marqués! Vais á morir,
pero asesinado, no.
¡La tormenta que os guió
vuelve de nuevo á rugir!
¡A su luz habéis matado
y á su luz voy á matar,
que no podréis evitar
lo que Dios ha decretado!
¡Hoy hace años, Marqués!
¿No lo recordábais?

MARQ. ¡Sí!
¡Y pues lo quieres así,
rueda de nuevo á mis piés! (Luchan.)

RAMIRO. El muerto mi brazo guía
y Dios bendice mi espada.

MARQ. ¡Ah! (Retrocede y cae.)

RAMIRO. ¡Padre, ya está saldada
la deuda que yo tenía.

SANCHO. (Desde lejos.) Nuño, mata sin piedad

CONDE. (Desde lejos con angustia.)
¡A mí!

RAMIRO. ¡Ese grito! (Sale precipitadamente.)

MARQ. (Haciendo un supremo esfuerzo, levantándose y dirigiéndose trabajosamente á la ventana.)
Señor,
salva mi casa y mi honor.
(Mira por la ventana. Pausa.)
¡Calla, infame tempestad!

ESCENA XIII

EL MARQUÉS

Calla, que á tu ronco acento
despierta el remordimiento
por tantos años dormido! (Pausa.)
¡Gritan! (Avanzando sobre la ventana, queriendo ver en la sombra y escuchando con ansiedad.)

¡Es el alarido
salvaje que lanza el viento! (Pausa.)
(Los truenos se oyen con intervalos más largos y el relámpago brilla muy de tiempo en tiempo, semejando que la tempestad se aleja.)
¡No es el viento, es el fragor
que levanta una pelea! (Pausa.)
¡Gritos de angustia y furor! (Pausa.)
¡Un relámpago, Señor,
es preciso que yo vea! (Pausa.)
(Brilla un relámpago.)
¡Ella... Doña Elvira... Sí,
y en su derredor lidiando.
¡Infames!
(Intenta dirigirse á la panoplia y coger una espada. Vacila, y para no caer, se agarra al alfeizar de la ventana; se apoya de nuevo en ella y sigue mirando al campo.)
¡Necio de mí,
olvido que estoy aquí
con la muerte peleando! (Pausa.)
¡Cesa el viento... el trueno calla,
la antigua marmórea cruz
ya con las sombras batalla! (Pausa.)
¡La aurora... mi frente estalla:
más luz, Dios mío, más luz!
¡Llega presuroso, día,
corre más que mi agonía! (Pausa.)
(Después de frotarse con ansiedad los ojos.)
¡Nada, no descubro nada!
¡Atrás, muerte despiadada,
que no es tiempo todavía! (Pausa.)
¿Por qué no sigue avanzando
la luz que espero anhelante!
¿por qué, mis ansias burlando,
tras de brillar un instante
se va de nuevo apagando!
¡La aurora que há poco ví,
¿por qué entre sombras se envuelve! (Pausa.)
(Con involuntario terror.)
¡Desventurado de mí!
¿es que allí la noche vuelve,

ó empieza la noche aqui!

(Llevándose con desesperación y angustia las manos á los ojos. Pausa.)

¡Alguien se acerca!... ¿Quién va?
¡ellos tal vez... ¡Un acero!

(Haciendo un supremo esfuerzo y caminando á tientas se dirige hacia la panoplia.)

¡Voto á Luzbel!

(Llega por fin á la panoplia y con mano temblorosa coge una espada.)

¡Aquí está!
¡Venid, que os espera ya
el Castellano del Duero!

(Recostándose en la pared, mantiene la espada en la mano con inmenso trabajo y lucha con la agonía.)

ESCENA ULTIMA

EL MARQUÉS, ELVIRA, LAURA, NUÑO, BERMUDO, GERMÁN y SOLDADOS

ELVIRA. ¡Padre!
MARQ. ¡Tú!
ELVIRA. (Al verlo herido.) ¡Cielos!
MARQ. ¿Salvada?
ELVIRA. Sí; mas vos... ¿Quién ha podido!...
MARQ. (Dejando caer la espada.)
¡Un pechero que ha esgrimido
en nombre de Dios la espada!
ELVIRA. ¡Todo por mi culpa!
MARQ. No:
desecha el remordimiento.

(Agobiado por el esfuerzo que ha hecho para permanecer en pié y para pronunciar estas frases, cae en tierra.)

ELVIRA. ¡Favor! (Todos rodean al Marqués.)
SANCHO. (Con solicitud.) ¡Marqués!
MARQ. (Estremeciéndose al oir la voz de don Sancho y levantando la cabeza con un supremo esfuerzo.)
¡Ese acento!

¿Quién sois?

BERM. (Tras una ligera pausa y viendo que Elvira y don Sancho no contestan.)

¡El que la salvó!

MARQ. El que...

(Tras una larga pausa y revelando que ha sostenido una gran lucha interior.)

¡Dadme vuestra mano! (Pausa.)

¡Gracias!

(Como si hablara consigo mismo y con voz muy débil.)

¡Mi raza extinguida!... (Muere.)

ELVIRA. (Acudiendo en su socorro.)

¡Padre, padre de mi vida!

¡Socorro!...

SANCHO. ¡Todo es en vano!

(Elvira sollozando cae de rodillas junto al cadáver de su padre: los demás doblan la rodilla y se descubren la cabeza.)

FIN DEL DRAMA

Hombs	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	»	Las vengadoras (refundición)	3	Eugenio Sellés	»
»	»	Luisa Paranquet	3	N. N.	»
»	»	Realidad	5	B. Pérez Galdós	»
»	»	Tormento	3	Federico Urrecha	»

ZARZUELAS

»	»	Artistas por vocación	1	Manuel Requena	L.
»	»	Corte y cortijo	1	Villegas y Valverde (hijo)	L y M.
»	»	De Madrid al cielo	1	Francisco Vila	L.
»	»	El busto de Sócrates	1	Angel Ruíz	M.
»	»	El licenciado de Villamelón	1	E. Ruíz Valle	1|2 L.
»	»	El paso de Judas	1	J. Valverde (hijo)	M.
»	»	El señor Juan de las Viñas ó los presupuestos de Villa-Anémica	1	J. Valverde (hijo)	M.
»	»	El rapto de Cecilia	1	Manñel Requena	L.
»	»	El ventorrillo del Chato	1	Contreras y Jiménez	L y M.
10	8 c	Ensayo general ó concurso de acreedores	1	Pérez-Stella y García Salgado	L.
»	»	La casa encantada	1	Sinesio Delgado	L.
»	»	La comida de boda	1	H. Criado y Baca	1|2 L.
»	»	La madre del cordero	1	Irayzoz y Jimenez	L y M.
»	»	La raposa	1	Monasterio y Chapí	L y M
»	»	La vida en la Aldea	1	Eugenio Contreras	M.
»	»	La pluma roja	1	Gaspar Espinosa	M.
»	»	Las cosas de mi sobrino	1	Manuel Requena	L.
»	»	Las campanadas	1	Arniches, C. y Chapí	L. y M
»	»	Los aparecidos	1	Arniches y Lucio	L.
»	»	Los vecinos del segundo	1	Pérez y González y Rubio	M y 1|2 L
»	»	Maridos á peseta	1	Calixto Navarro	L.
»	»	No se permite fijar carteles	1	Gaspar Espinosa	M.
»	»	Ordeno y mando	1	Navarro y Rubio	L y
»	»	Otro monaguillo	1	Gaspar Espinosa	M.
»	»	Pasante de notario	1	Navarro y Brull	M y 1|2 L
»	»	Ronda de primos	1	Casanova é Ibarroia	L.
»	»	Toros y cañas	1	Calixto Navarro	L.
»	»	Un millón	1	Manuel Requena	L.
»	»	Agustina de Aragón	2	Mas y Prats y Mariani	L y M
»	»	La mujer de papá	2	Pina y Vidal	L y M.
»	»	Mano blanca no hiere	2	Paris, Mangialli y Conrote	L y M.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; del *Sr. Escribano*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.